





**PLAN PASTORAL DIOCESANO**  
**2009-2014**

**«EL QUE ESCUCHA  
LA PALABRA Y LA ENTIENDE,  
ÉSE DARÁ FRUTO»**  
(Mt 13, 23)

León 2009



## SUMARIO

SIGLAS .....	9
PRESENTACIÓN E INVITACIÓN .....	13
INTRODUCCIÓN	
1. Convocados a elaborar un nuevo Plan .....	19
2. En continuidad con el anterior .....	19
3. Un Plan realizado desde la comunión y la corresponsabilidad .....	20
4. El nuevo Plan pastoral diocesano 2009-2014.....	20
5. El “paradigma” de la Palabra de Dios.....	21
6. El objetivo general del nuevo Plan .....	24
I. LA IGLESIA LLAMADA A EVANGELIZAR	
1. La Iglesia misterio.....	26
2. La Iglesia comunión.....	31
3. La Iglesia misión.....	35
4. La conversión pastoral .....	39

## II. ÁMBITOS PRIORITARIOS PARA LA ACCIÓN PASTORAL

I.	Pastoral de la Comunidad cristiana.....	44
	1. La Eucaristía, misterio que ha de ser creído, celebrado, vivido y anunciado .....	44
	2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	47
	3. Líneas para la acción pastoral.....	50
II.	El matrimonio, la familia y la educación.....	51
	1. La familia, “Iglesia doméstica” .....	51
	2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	52
	3. Líneas para la acción pastoral.....	54
III.	La iniciación cristiana y el ministerio de la Palabra .....	56
	1. La iniciación en la fe.....	56
	2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	56
	3. Principales elementos configuradores de la IC .....	57
	4. El servicio de la Palabra: reiniciación en la fe y formación permanente integral .....	60
	5. La formación de los laicos.....	61
	6. Cauces para la reiniciación y la formación permanente integral .....	61
	7. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	63
	8. Líneas para la acción pastoral.....	65
IV.	La transmisión de la fe a los jóvenes .....	67
	1. Una pastoral decisiva .....	67
	2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	68
	3. Líneas para la acción pastoral.....	70
V.	La Pastoral de las Vocaciones .....	72
	1. La vocación: regalo de Dios y tarea de todos .....	72
	2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	73
	3. Líneas para la acción pastoral.....	77
VI.	Pastoral de la vida y de la salud.....	78
	1. La vida: de Dios y hacia Dios .....	78
	2. Pastoral de la salud .....	79
	3. Líneas para la acción pastoral.....	80

VII. El servicio de la caridad y la caridad política.....	82
1. Construir la fraternidad.....	82
2. Presencia en la vida pública .....	83
3. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	85
4. Líneas para la acción pastoral.....	87
VIII. Pastoral bíblica y animación bíblica de la pastoral.....	89
1. Amar, conocer, orar y anunciar la Palabra.....	89
2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana	90
3. Líneas para la acción pastoral.....	91



## SIGLAS USADAS

AA	Concilio Vaticano II, Decreto <i>Apostolicam Actuositatem</i> (1965)
AG	Concilio Vaticano II, Decreto <i>Ad Gentes</i> (1965)
Carta 2008	Mons. Julián López Martín, <i>Carta pastoral “Manteneos unánimes y Concordes”</i> (Fl 2, 2) (2008)
CEC	<i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> (1992)
ChL	Juan Pablo II, Exhortación apostólica <i>Christifideles laici</i> (1988)
CLIM	LV Asamblea Plenaria de la CEE, <i>Los cristianos laicos Iglesia en el mundo</i> (1991)
CT	Juan Pablo II, Exhortación Apostólica <i>Catechesi Tradendae</i> (1979)
DC	Benedicto XVI, Carta Encíclica <i>Deus Caritas Est</i> (2005)
DV	Concilio Vaticano II, Constitución dogmática <i>Dei Verbum</i> (1965)
EE	Juan Pablo II, Exhortación Apostólica <i>Ecclesia in Europa</i> (2003)
EN	Pablo VI, Exhortación apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i> (1975)

- GS Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Gaudium et Spes* (1965)
- ICRO LXX Asamblea Plenaria de la CEE, *La Iniciación Cristiana. Reflexiones y Orientaciones* (1998).
- Instrumentum* XII Asamblea general del Sínodo de los Obispos, *La Palabra de Dios en la Vida y en la misión de la Iglesia. Instrumentum laboris*, Libreria Editrice Vaticana 2008. Publicado también en BOO de Julio-agosto de 2008, pp. 611-708.
- LG Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium* (1964)
- NMI Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* (2001)
- OGMR *Ordenación General del Misal Romano* (2002)
- OM LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones Morales ante la situación actual de España*. Instrucción Pastoral (2006), Madrid, 2006.
- OPJ LV Asamblea Plenaria de la CEE, *Orientaciones sobre pastoral de la Juventud* (1991)
- OT Concilio Vaticano II, Decreto *Optatam totius* (1964)
- PDV Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis* (1992)
- Plan CEE LXXXVI Asamblea Plenaria de la CEE, *Plan pastoral de la CEE 2006-2010 "Yo soy el pan de vida" (Jn 6,35). Vivir de la Eucaristía*.
- PO Concilio Vaticano II, Decreto *Presbiterorum ordinis* (1965)
- Proposiciones* XII Asamblea general del Sínodo de los Obispos, *La Palabra de Dios en la Vida y en la misión de la Iglesia. Proposiciones para el Papa* (2008), en BOO de sept.-oct. de 2008, pp. 885-925.
- RMi Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio* (1990)

- SC Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* (1963)
- SCa Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis* (2007)
- Sin *Sínodo Diocesano de León 1993-1995*



## PRESENTACIÓN E INVITACIÓN

Por fin ve la luz el nuevo *Plan pastoral diocesano 2009-2014* bajo el sugestivo título, tomado de la parábola del sembrador, “*El que escucha la Palabra y la entiende, ése dará fruto*” (Mt 13, 23). La celebración de la XII Asamblea general del Sínodo de los Obispos en octubre de 2008 sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* ha sido determinante para la elección de este lema y del enfoque general del plan, como pueden comprobar cuantos han participado durante el pasado curso en su elaboración. Esto no quiere decir que en nuestra diócesis falten ideas o sugerencias capaces de generar un proyecto pastoral. Al contrario, siempre resulta grato y estimulante sintonizar con las grandes líneas del pensamiento y de la marcha de la Iglesia Universal, como tantas veces se ha comprobado desde los tiempos de la aplicación del Concilio Vaticano II. Como ejemplo de esto se puede citar la no tan lejana todavía preparación y celebración del Gran Jubileo de la Encarnación (a. 2000), según el diseño propuesto por el Papa Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, de 20-XI-1994.

### 1. LA REDACCIÓN DEL NUEVO PLAN PASTORAL

En este sentido, la Palabra de Dios que nos remite, una vez más, al *Verbo* del Padre (cf. Jn 1, 1ss.) y *Pan vivo bajado del cielo* (cf. Jn 6, 51), es un gran punto de partida para empezar siempre desde Jesucristo, co-

mo proponía también el recordado pontífice<sup>1</sup>. Pero, además, la Palabra divina es también una magnífica clave integradora de la acción pastoral de una Iglesia local que, como la nuestra de León, quiere tomar conciencia de su condición de *misterio, comunión y misión*. Porque no debemos olvidar lo que pedía el *Sínodo diocesano 1993-1995* al recomendar e insistir, en relación con los planes pastorales, que “*todos participen, de algún modo, en su preparación y que todos se comprometan en su ejecución*”<sup>2</sup>.

En efecto, en la VII Semana de Pastoral de septiembre de 2008 y a lo largo del curso pasado, se desarrolló un programa, en varias etapas, de redacción del plan, tratando de implicar al mayor número posible de agentes de pastoral. El proyecto se llevó a cabo, ciertamente, cumpliéndose los tiempos marcados para los trabajos y realizándose las asambleas diocesanas. En ellas no solamente se tuvieron en cuenta los fines propuestos en cuanto a unificar criterios, fomentar el sentido de comunión eclesial e impulsar el trabajo en conjunto y de coordinación, sino que se señalaron y perfilaron los objetivos.

Se partió de un balance sucinto de la aplicación del anterior *Plan pastoral 2003-2008: “Para la edificación de la Iglesia” (1 Cor 14, 12)*<sup>3</sup>, y de un análisis de las necesidades y urgencias actuales de la misión de la Iglesia en nuestra diócesis. Este estudio, realizado por los grupos que se formaron, fue hecho también por los servicios pastorales diocesanos, cada uno dentro del área de su dedicación, y por los arciprestazgos. Se trataba de dirigir una mirada de fe a nuestra realidad humana y eclesial, que permitiera descubrir qué nos pide el Señor en esta hora, ciertamente difícil pero abierta a la esperanza. Después vino una fase de profundización en los principios de carácter teológico y pastoral, tomando como base mi carta pastoral del pasado curso: “*Manteneos unánimes y concordes*” (*Fl 2, 2*), para señalar, finalmente, los sectores pastorales más urgentes para el quinquenio 2009-2014. La citada carta fue mi principal participación en la tarea diocesana de diseñar el nuevo plan, aportando

1 Cf. S.S. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, de 6-I-2001, n. 29; etc.

2 *Sínodo*, 220,4, cf. 78, 2.

3 Diócesis de León, “*Para la edificación de la Iglesia*” (*1 Cor 14,12*). *Plan pastoral diocesano 2003-2008*, León 2003.

algunas orientaciones de carácter espiritual y pastoral, y señalando algunos de los ámbitos y aspectos que me parecían más urgentes para nuestra actividad evangelizadora y apostólica<sup>4</sup>.

## 2. GRATITUD Y OFRECIMIENTO

Al presentar ahora el nuevo *Plan pastoral diocesano 2009-2014*, además de dar gracias al Señor porque significa un nuevo paso adelante en el camino de nuestra Iglesia diocesana, deseo expresar mi reconocimiento y gratitud tanto al Sr. Vicario de Pastoral y del Clero, que ha llevado el peso mayor del trabajo, como a todos los que de una manera o de otra han aportado balances, reflexiones y sugerencias para la concreción del proyecto. Vaya también este agradecimiento a las personas que han colaborado también con su oración.

Pero, a la vez que presento y apoyo el trabajo realizado, me complace ofrecerlo a toda la comunidad diocesana y a cada uno de sus sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas, personas consagradas, seminaristas, miembros de movimientos, asociaciones y grupos de apostolado o de espiritualidad, fieles seculares, jóvenes o adultos. Todos deben conocerlo y, de acuerdo con su sentido de pertenencia a la Iglesia, tratar de ponerlo en práctica con los dones y capacidades de cada uno.

Deseo insistir una vez más en la idea, ya señalada, de la vocación de la Iglesia como *misterio, comunión y misión*. En este sentido, para que el nuevo *Plan pastoral diocesano* constituya verdaderamente un camino de unidad pastoral, un estímulo eficaz y un cauce integrador del esfuerzo de todos, se hace necesario que traten de leerlo atentamente, de asimilar poco a poco su contenido y de compartirlo con los demás. Y no sólo ahora, en el momento en que se publica, sino también en los próximos cursos, puesto que el plan está llamado a alimentar los sucesivos programas pastorales anuales.

<sup>4</sup> Mons. Julián López Martín, Obispo de León, "*Manteneos unánimes y concordés*" (Fl 2, 2). Carta pastoral ante el curso 2008-09, León 2008. En ella ofrecí, en efecto, no solamente unos presupuestos a partir de la *comunión para la misión* (I parte), sino también una reflexión sobre los principales retos que tiene nuestra Iglesia diocesana (II parte)

De hecho, el nuevo plan pastoral empieza a aplicarse ya en el curso 2009-2010, como se desprende del hecho de que el lema del programa coincide con el título de todo el plan: “*El que escucha la Palabra y la entiende, ése dará fruto*” (Mt 13, 23). De este modo se recoge y se traduce en objetivos concretos uno de los grandes *sectores prioritarios para la acción pastoral*, el enunciado en VIII lugar como *Pastoral bíblica y animación bíblica de la pastoral*. A este tema va dedicada mi carta para el curso que ahora comienza y que se publica unida al programa del primer año de vigencia del nuevo plan y bajo el mismo título.

### 3. LLAMADA A LA PARTICIPACIÓN DE TODOS EN LA REALIZACIÓN DEL PLAN

Permitidme, por último, recordar también que un plan pastoral, cuando es aprobado por el obispo y entregado a todos los colaboradores de la acción pastoral de la Iglesia, no es un simple texto del que se puede prescindir libremente, sino la expresión de la voluntad de quien tiene la función y la responsabilidad de guiar la marcha histórica de la comunidad eclesial proponiendo lo que requieren los tiempos y las circunstancias concretas de la vida y de la misión eclesial dentro del *programa permanente recogido por el Evangelio y la Tradición viva* de la Iglesia. Por consiguiente, ningún miembro consciente y activo de la comunidad diocesana, especialmente si es sacerdote o diácono, agente de pastoral o que desempeña alguna tarea al servicio de la Iglesia, puede prescindir o ignorar las orientaciones y propuestas que se hacen en el plan. Lo reclama también la necesidad de estar atentos a los movimientos socioculturales de la sociedad, para no trabajar en vano. Pero, sobre todo, lo requiere la *comunidad para la misión*, el “*manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir*” de la exhortación paulina (cf. Fl 2, 2) que comenté también en la carta pastoral del curso pasado<sup>5</sup>.

Es necesario, por tanto, que todos entiendan que un plan o programa pastoral, en este caso diocesano, lejos de obedecer a una moda del momento, responde al deber de escrutar lo que el Espíritu Santo dice a

5 Cf. ib., nn. 3 y ss.

las Iglesias por medio del Papa y de los obispos, cuyo magisterio está al servicio de la Palabra de Dios atendiendo, además, a las condiciones concretas de la propia comunidad cristiana. En efecto, es “*en las Iglesias locales donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas —objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios— que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura*”<sup>6</sup>. Esto es justamente lo que se pretende con el nuevo *Plan pastoral 2009-2014* para nuestra diócesis.

Que la Santísima Virgen del Camino, San Froilán, Patrono de la Diócesis, y los Santos y Beatos leoneses intercedan ante el Señor para que este proyecto se haga realidad de manera que el Reino de Dios siga creciendo y dando fruto en esta tierra.

León, 15 de agosto de 2009  
*Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora*  
† JULIÁN, OBISPO DE LEÓN

6 S.S. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, cit., n. 29.



## INTRODUCCIÓN

### 1. CONVOCADOS A ELABORAR UN NUEVO PLAN

Al finalizar el curso pasado, una vez terminado el período de vigencia del *Plan pastoral diocesano 2003-2008*, nuestro Obispo D. Julián convocaba a todos los fieles de la diócesis de León a elaborar un nuevo *Plan* que, en continuidad con el anterior, señalara el camino pastoral de la Diócesis para los próximos cinco años. Al mismo tiempo, indicaba algunos presupuestos para el nuevo proyecto y presentaba los principales retos pastorales de cara al futuro (cfr. Carta 2008).

### 2. EN CONTINUIDAD CON EL ANTERIOR

Como el Obispo nos recordaba, no partimos de cero y, además, los programas pastorales no se agotan dentro de su tiempo de vigencia (cfr. Carta 2008, 1). En efecto, los objetivos que en ellos se proponen buscan máximos que sólo se logran dentro de una vida impregnada de santidad. Y ya se sabe: difícilmente nos sustraemos al influjo y a la contaminación del pecado. Por otra parte, la situación de nuestro mundo y de nuestra Iglesia, aunque evidentemente ha cambiado, no es tan distinta como para que haya que hablar de un marco diferente. Se comprende, pues, que el *Plan pastoral diocesano 2009-2014* incluya abundantes referencias al Plan precedente, a sus propuestas y a su desarrollo, y, en definitiva, a los logros

y a las lagunas del trabajo pastoral de los últimos años. En cualquier caso, hemos de situar el nuevo plan en continuidad con el anterior.

### 3. UN PLAN REALIZADO DESDE LA COMUNIÓN Y LA CORRESPONSABILIDAD

Se ha atendido también la sugerencia realizada por el Obispo y que ya el *Sínodo diocesano 1993-1995* había hecho en orden a que todo plan fuera expresión de la comunión de nuestra Iglesia y contara con la participación de todos en la preparación y en la ejecución (cfr. Sin 220, 4; Carta 2008, 2). Por su parte, la Vicaría de Pastoral y del Clero organizó el trabajo en tres fases que concluyeron con sendas Asambleas. La última fase se desarrolló en torno a las aportaciones y consultas al borrador presentado por la Vicaría. Para el trabajo de síntesis ha sido muy importante la aportación de la Comisión que el Consejo diocesano de Pastoral designó para este fin.

### 4. EL NUEVO PLAN PASTORAL DIOCESANO 2009-2014

Todo plan señala el horizonte hacia el que se pretende caminar y las rutas a seguir para llegar a él. Si se trata de un plan pastoral, mostrará el horizonte de la misión que la Iglesia, continuadora de la misión de Jesucristo, está llamada a realizar: acercar al hombre a Dios y hacer resplandecer la gloria divina en medio de las realidades temporales. Al mismo tiempo nos indicará los caminos por los que el Espíritu del Señor nos quiere conducir hacia la meta. Y, en fin, al tratarse de un plan pastoral diocesano, nos situará en medio de una Iglesia particular con sus logros y tareas pendientes, con sus fidelidades e infidelidades, con sus fuerzas y debilidades. Al mismo tiempo, nos pondrá ante una sociedad y una cultura concretas con todas las posibilidades y retos que suponen para nuestra labor pastoral.

Desde el año 2003, fecha en que nuestra Iglesia diocesana se puso a trabajar sobre la base del anterior plan, hasta hoy, ha habido dos grandes acontecimientos eclesiales por los que debemos dar gracias a Dios y de los que cabe esperar un fuerte impulso espiritual y pastoral: nos referimos a la celebración de sendos Sínodos de Obispos en torno a *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia* (2005) y a

*La Palabra de Dios en la Vida y en la Misión de la Iglesia* (2008). Fruto del primero de ellos ha sido la publicación de la Exhortación Apostólica del Papa Benedicto XVI “*Sacramentum caritatis*” (22.II.2007). Pues bien, nos mueve el anhelo de que esta doble Mesa del Pan y de la Palabra, abordada por ambos sínodos y por la Exhortación Apostólica, y presente también en el *Plan pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010* “*Yo soy el pan de vida*” (Jn 6,35). *Vivir de la Eucaristía*, sea para nosotros alimento espiritual que nos comunica la vida divina, fundamento de la comunión e impulso de la misión evangelizadora.

El *Plan pastoral diocesano 2009-2014* consta de dos partes. En la primera de ellas presentamos la identidad eclesial. Definida por el Concilio Vaticano II como misterio, comunión y misión, la Iglesia no podrá sino traslucir en su acción lo que es. Después de presentar, de forma necesariamente breve, su carta de identidad, y de echar una mirada sobre la realidad diocesana, presentaremos algunas líneas de acción pastoral. En la segunda parte se dan a conocer los sectores prioritarios para la acción evangelizadora y pastoral de nuestra Iglesia particular. Una vez ha resonado la voz de Dios y de su Iglesia urgiéndonos a realizar la tarea pendiente en un campo pastoral determinado, y después de dirigir una mirada evangélica sobre la realidad diocesana, se presentarán así mismo unas líneas para la acción pastoral.

## 5. EL “PARADIGMA” DE LA PALABRA DE DIOS

Nos proponemos hacer de la Eucaristía, particularmente de la Mesa de la Palabra de Dios, la espina dorsal sobre la que se sostenga y estructure el *Plan pastoral diocesano 2009-2014*. Estamos dispuestos a esforzarnos en valorar, acoger y cultivar la semilla de la Palabra y del Pan que es Jesucristo y que se nos regala, sobre todo, en la Eucaristía. Estamos seguros de que esa Semilla dará en cada uno de nosotros, en las distintas instituciones eclesiales, en la misma Iglesia de León y en nuestro propio mundo, frutos abundantes de fe, esperanza y amor.

Para ello, en los cinco años próximos, la Palabra debe ser presentada y vivida como espacio para el encuentro con Dios, como alimento espiritual para compartir la vida en Jesucristo por el Espíritu Santo, como fundamento sobre el que construir la comunidad, como impulsora de la

evangelización, como fundamento de la liturgia y, en fin, como alma de la caridad asistencial y política. Mientras sale a la luz la Exhortación Apostólica de Benedicto XVI, contamos con el apoyo de las *Propuestas sinodales* y el *Mensaje al Pueblo de Dios*.

**5.1. Palabra y misterio de salvación.** Dios quiso revelarse a los hombres y lo hizo con obras y palabras intrínsecamente unidas (cfr. DV 2) y, sobre todo, se reveló en Jesucristo, la Palabra hecha carne. En efecto, como dice el evangelista S. Juan: *“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios...; y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros...”* (Jn 1, 1. 14). En Jesucristo, Palabra del Padre, encontramos la puerta que nos introduce en la vida divina, la <<fuente límpida y perenne de vida espiritual>> (DV 21).

**5.2. Palabra y comunión.** La Iglesia nace y vive de la Palabra. Esa es la experiencia recogida, ya desde el principio, por el libro de los Hechos de los Apóstoles: *“Así pues, los que acogieron su palabra fueron bautizados. Y aquel día se les unieron unas tres mil personas”* (Act 2, 41). Lo dice también el Papa Benedicto XVI: *“la Iglesia no se hace a sí misma y no vive de sí misma, sino de la Palabra creadora que sale de la boca de Dios”* (Alocución *“Dar al mundo un testimonio común”* (25.I.2007), *L’Osservatore Romano*, edición española (2.2.2007), p. 3). Sin la Palabra ni hay fe, ni hay comunión.

**5.3. Palabra y misión.** También la Palabra está en la raíz de la misión de la Iglesia. En este momento, situamos ante nuestros ojos el icono de Jesús de Nazaret en la sinagoga de su pueblo, un sábado, haciendo la lectura. Desenrollando el volumen del profeta Isaías se pone a leer: *“El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4, 18-19). Para concluir, asegura que también él se siente llamado, poseído por el Espíritu y enviado a anunciar la Buena Noticia, como lo fue Isaías. Además, proclamar la Palabra y construir el Reino de Dios es la tarea encomendada a la Iglesia. *“El anuncio del Evangelio –dice el Sínodo de los obispos– es, sin lugar a dudas, la razón de ser de la Iglesia y de su misión. Esto implica que ella vive lo que predica. Esta es la vía decisiva para que aparezca creíble aquello que proclama,*

a pesar de las debilidades y de la pobreza” (*Instrumentum* 43). En definitiva, la misión de la Iglesia se concreta en los tres grandes servicios: el profético, el celebrativo y el caritativo que apuntamos a continuación.

- a) **Palabra y evangelización.** En la Palabra encontramos el primer impulso, la primera invitación al anuncio del Evangelio: “*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación*” (Mc 16, 15). Por lo demás, “*el ministerio de la Palabra, que incluye la predicación pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana y, en puesto privilegiado, la homilía, recibe de la palabra de la Escritura alimento saludable y por ella da frutos de santidad*” (DV 24).
- b) **Palabra y celebración.** Los padres sinodales han afirmado que “*la Liturgia constituye el lugar privilegiado en el que la Palabra de Dios se expresa plenamente*”. (Proposiciones 14) En la liturgia, la Palabra encuentra el lugar ideal para ser anunciada, celebrada y hecha realidad. En ese sentido, es significativo el discurso de Jesús en la sinagoga de Nazaret, al reunirse con sus vecinos a celebrar el sábado (cfr. Lc 4, 16-22). La Palabra, por tanto, potencia la celebración de la fe al anunciar y hacer efectiva la salvación regalada en los sacramentos. Es más, con la inspiración y ayuda del Espíritu Santo, se convierte en fundamento de la acción litúrgica y en norma y ayuda de toda la vida (cfr. *Lineamenta*, 30; OGMR praenotanda, 9).
- c) **Palabra y servicio caritativo y social.** Finalmente, la Palabra es impulsora y generadora del servicio caritativo y social. El Papa Benedicto XVI presenta los tres elementos que constituyen la misión de la Iglesia perfectamente unidos (cfr. “*Deus caritas est*”, 22). En la Encíclica “*Spe Salvi*” afirma que <<el mensaje cristiano no es sólo “informativo”, sino “performativo”. Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y que cambia la vida>> (nº 2; cfr. , 39). En la base entre Palabra y caridad está Jesús, que pasó haciendo el bien y curando (cfr. Act 10,

38). La fidelidad a la Palabra exige y, a la vez, promueve el respeto a los derechos de la persona humana y la defensa de los oprimidos y de los que sufren (cfr. *Lineamenta*, 39) y el esfuerzo por transformar el orden temporal según Dios (cfr. GS 40-45).

## 6. EL OBJETIVO GENERAL DEL NUEVO PLAN

Los Grupos que han colaborado en la elaboración del nuevo Plan han propuesto mayoritariamente **la comunión como la urgencia mayor de nuestra Iglesia para los próximos años**. En su momento, destacaremos esta nota que es esencial de la Iglesia. Aunque *“fortalecer la comunión eclesial”* era también el objetivo general del anterior plan, seguimos necesitados de acrecentar esa comunión en orden a una evangelización de estilo y contenido misionero.

Con el fin de lograr esta meta, nuestra Iglesia particular se propone estas cinco tareas para los cinco próximos cursos, período de vigencia del presente Plan:

- a) El encuentro con Jesucristo, Palabra y Eucaristía
- b) La recreación de comunidades vivas y corresponsables
- c) La iniciación cristiana y la formación integral de la fe
- d) La vida de oración y la pastoral litúrgica
- e) El fortalecimiento del compromiso caritativo y de la presencia pública de la Iglesia

### OBJETIVO GENERAL:

Intensificar la comunión eclesial en orden a una evangelización de estilo y contenido misionero, a partir del encuentro con Cristo Palabra y Eucaristía; de la recreación de comunidades vivas y corresponsables; de la iniciación cristiana y de la formación integral; de la vida de oración y la pastoral litúrgica; y, en fin, del fortalecimiento del compromiso caritativo y social de los católicos.

# I

## LA IGLESIA LLAMADA A EVANGELIZAR

Dios, movido por su amor de Padre, ha querido mostrarnos su rostro y manifestarnos su voluntad salvífica. Lo ha hecho de múltiples formas. Últimamente “*nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo*” (Heb 1, 2). Por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, los hombres pueden llegar hasta el Padre y participar de su naturaleza divina (cfr. DV 2). El Sínodo de los Obispos sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* ha querido destacar la multiforme presencia y manifestación de la Palabra: en la creación; en el anuncio de los profetas y de los apóstoles; en el Verbo encarnado; en la Sagrada Escritura; en la acción de la Iglesia por la predicación, el anuncio, la catequesis, la celebración litúrgica y la caridad; y, en fin, en las verdades de fe en el campo dogmático y doctrinal (*Lineamenta*, nn. 9 y ss). Esa Palabra, actualizada y vivificada por el Espíritu Santo, es, para nosotros, puerta de acceso y participación del misterio salvador de Dios.

En Jesucristo, movidos por el Espíritu Santo, participamos de la vida divina. También en Él, y gracias al impulso del mismo Espíritu, somos convocados a la evangelización (AG 36; EN 75; RMi 21-29). La misión que la Iglesia ha recibido de Jesucristo es la misma que Él recibió del Padre y que llevó a cabo guiado por el Espíritu Santo: “*Como tú me has enviado al mundo –dice Jesús al Padre– yo también los he enviado*

*al mundo*” (Jn 17, 18). La Iglesia ha recibido la encomienda de anunciar el Evangelio liberador de Jesucristo (cfr. EN 26).

Los católicos que vivimos en esta hora y en este lugar nos sentimos y somos Iglesia de Dios que camina en León. Al plantearnos un nuevo plan pastoral diocesano, debemos fijar nuestra mirada, en primer lugar, en Aquel que nos ha elegido y nos ha llamado a la vida y a la comunión con Él, intentando descubrir su proyecto salvador para nosotros. Al mismo tiempo, hemos de tomar como referencia a la comunidad creada por Jesucristo y heredera de su misión. Tres son las notas que vamos a considerar en ella: misterio, comunión y misión. Una Iglesia que quiera ser fiel a su propia identidad tendrá que significarse por la vivencia y el desarrollo de estas tres dimensiones: habrá de dar espacio y acoger con gratitud la realidad del Misterio, el regalo de la salvación de Dios; habrá de acoger el don y la tarea de la comunión; y, en fin, deberá ser fiel a la misión evangelizadora y al anuncio del Reino que se hace presente en Jesucristo (RMi 18).

## 1. LA IGLESIA MISTERIO

La Iglesia de Dios, llamada por el Padre, elegida por el Hijo y sostenida por el Espíritu Santo, se levanta sobre las columnas apostólicas y está constituida como sacramento universal de salvación. Su cara visible esconde y muestra a la vez la dimensión espiritual. Dos elementos inseparables, uno humano y otro divino, la configuran (cfr. LG 8). La Iglesia tiene una estructura y unos componentes humanos. Al mismo tiempo, *“es misterio porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu”* (ChL 8). Para realizar su designio salvífico y entrar en comunión con el ser humano de carne y hueso, Dios quiso ponerse a su altura y tomó la condición corpórea en su encarnación. De esta manera, el misterio se hace sacramento y se encarna en estructuras, mediaciones y personas. Y, aunque sólo Jesucristo, en su humanidad, es el sacramento genuino de Dios, también, de forma análoga, la Iglesia viene a constituir la manifestación del misterio salvador en la forma social.

En la Iglesia de Dios que peregrina en León se hace realidad y se manifiesta el misterio de la Iglesia; se anticipa la unión total que el Dios Tri-

nidad quiere establecer con todo el género humano; y, en fin, se hace presente el Espíritu Santo, que sostiene y anima la comunión eclesial y el impulso misionero.

### *1.1. Llamada a identificarse con Dios*

Todos los hijos de la Iglesia –sacerdotes, diáconos, religiosos, consagrados y laicos– somos llamados por Jesucristo a identificarnos con el Padre: “*Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*” (Mt 5, 48). En consecuencia, la Iglesia debe situar el camino pastoral en la perspectiva de la santidad (cfr. NMI 30). Esa identificación, ese seguimiento del Dios de Jesucristo debe recorrer todos los niveles de la estructura personal y pasar desde las ideas a los sentimientos y a la voluntad. El primer paso de ese nuevo camino recibe el nombre de conversión y arranca en una experiencia de encuentro con Jesucristo. Lo sabía muy bien Jesús de Nazaret: por eso invitó a sus discípulos: “*Venid y veréis*” (Jn 1, 39). Sólo ese contacto profundo y cordial puede transformarnos en Él. Es el camino recorrido por todos los santos de todos los tiempos y será también el propio de los santos del siglo XXI. Por otra parte –nos recuerda nuestro Obispo D. Julián– “*la vocación universal a la santidad se realiza en diversidad de caminos y de múltiples formas según las distintas vocaciones específicas cristianas. Por eso es oportuno siempre llamar la atención sobre este propósito ineludible para todos si queremos de veras hacer eficaces nuestras actividades evangelizadoras y apostólicas*” (Carta 2008, 6).

### *1.2. Cultivar la vida espiritual y vencer ciertas tentaciones*

Los católicos españoles estamos sufriendo **un intenso acoso** por parte de ciertos elementos socio-culturales de nuestro entorno. Al mismo tiempo, percibimos un fuerte debilitamiento en la vida de fe y en la conciencia moral de un buen número de cristianos. En este contexto, debemos secundar la llamada universal a la santidad, instada por el Concilio Vaticano II y por el recordado Papa Juan Pablo II (cfr. Lv 11, 41; Mt 5, 48; LG 11; NMI 30. 40). En orden a hacerla posible, se hace necesario cultivar la vida espiritual, de modo que se “*favorezca una profunda experiencia de Dios en la sencillez de la existencia cotidiana a través de los medios de siempre*” (Carta 2008, 6).

El **cultivo de la vida espiritual** forma parte de la formación permanente de sacerdotes, religiosos, personas consagradas y laicos comprometidos. Sin embargo, se ha podido caer en una excesiva liberalización y abandono de ciertas prácticas de piedad –ejercicios espirituales, adoración eucarística, devoción a María...– por la tendencia a homologar el estilo de vida de los sacerdotes y las personas consagradas con los seglares y de estos con las costumbres de la sociedad civil. La oración –dice el Obispo D. Julián– debe ser prioritaria, con relación a la acción, ya que, *“de la relación personal de cada uno con el Señor depende en gran medida el fruto del ministerio sacerdotal y de todas las actividades apostólicas, es decir, la misión misma de la Iglesia”* (Carta 2008, 6). Los Grupos que han participado en la preparación del nuevo Plan insisten en la necesidad de **dar mucha más importancia a la oración**, tanto personal como comunitaria, en la promoción de la oración en familia y en el ámbito de la catequesis, en la creación de grupos y en la importancia de potenciar la Oración de la Iglesia. Este nuevo impulso de la vida interior se traducirá en una recuperación moral de las conciencias que afronte la indiferencia religiosa y el relativismo moral que nos envuelve.

Las embestidas del laicismo y la decadente vida de muchos cristianos pueden provocar en nosotros la tentación de **la desesperanza**. En esta situación, conviene recordar *“que Dios nos ama irrevocablemente; que Jesús nos ha prometido su presencia y su asistencia hasta el fin del mundo; que Dios, en su providencia, de los males saca bienes para sus hijos... No hay fecundidad sin sufrimiento. Dios nos llama a la humildad y a la confianza, seguros de que en nuestra debilidad actual se manifestará el poder de su gracia y de su misericordia”* (OM 24; cfr. Mt 28, 16-20; Rom 8, 28-39; 12, 9). Además, deberíamos preguntarnos si, al permanecer ciegos o minusvalorar los frutos que el Espíritu va realizando en nuestra Iglesia, no estaremos siendo desagradecidos con el Dios que guía y cuida sin cesar de la comunidad eclesial.

Otra tentación, también expresada por los obispos de la Iglesia en España (cfr. OM 25) y recordada por nuestro Obispo, es **el enfrentamiento**. Cae en ella aquel que cree imposible compatibilizar su vida de fe con el respeto al ordenamiento democrático. La Iglesia, como Cristo, está llamada a realizar la obra de la redención en pobreza y persecución. Lo mismo que

Cristo, siendo Dios, se anonadó a sí mismo y tomó la forma de siervo, la Iglesia no fue instituida para buscar los honores, sino para salvar lo perdido (cfr. Lc 19, 10), para evangelizar a los pobres y liberar a los oprimidos (cfr. Lc 4, 18). Ante todo, se nos recomienda que *“colaboremos en todo lo que podamos a favor del bien común, eso sí, sin agresividad y sabiendo que no todos piensan como nosotros”* (Carta 2008, 5).

La Iglesia está tentada también de **sometimiento**. Consiste en disimular la propia identidad o renunciar a ella para acomodarse al contexto social y a las directrices de la cultura dominante opuesta al evangelio. Caer en esta tentación es hacer el juego a aquellos sectores sociales que, mediante una crítica sistemática, *“pretenden debilitar la presencia pública de la Iglesia y su credibilidad moral en la sociedad...”* (Carta 2008, 5). Los obispos españoles nos recuerdan que Dios nos está pidiendo un esfuerzo de autenticidad y fidelidad, de humildad y unidad, para poder ofrecer a nuestros hermanos el don de Dios, sin ocultar ni oscurecer su luz y su fuerza (cfr. OM 26). En realidad, la Iglesia ni busca ni debe buscar acrecentar su influjo social disminuido. Por el contrario, debe preocuparle su testimonio personal y comunitario.

A estas tres tentaciones señaladas por nuestros obispos y que atentan directamente contra la Iglesia en su condición de misterio y, por tanto, contra su santidad, quisiéramos añadir una última: **la del orgullo y el afán de protagonismo personal**. La cultura actual potencia la creación de seres humanos autosuficientes. A esta tentación no somos ajenos los católicos que, en ocasiones, llegamos a creer que tenemos bajo control la gracia de Dios y que son nuestras programaciones, nuestras estrategias, nuestros desvelos, los que producen los frutos de salvación. Pero —como dice San Pablo— *“ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer”* (1Cor 3, 7). Reconocer esta primacía de la gracia es un buen ejercicio para que brille la justicia; para que nuestra salud física, psíquica y espiritual resulte aliviada; y para que las acciones pastorales produzcan un mayor fruto. Hagamos caso al Maestro que nos recomienda servir con humildad: *“... Cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer”* (Lc 17, 10).

### *1.3. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

Desgraciadamente, en nuestra Diócesis, no siempre hemos salido airoso frente a esas tentaciones señaladas. Con frecuencia, hemos desviado nuestros pasos y, en vez de buscar la identificación con el Señor, en vez de buscar la santidad en nuestras vidas y en la vida de nuestra Iglesia, nos hemos acomodado, hemos domesticado el Evangelio y nos hemos instalado en una vida indolente, cómoda y poco testimonial. El descenso en el número de participantes en las Eucaristías dominicales y en la recepción del Sacramento del Perdón son signos bastante elocuentes de falta de impulso hacia la santidad. Lo mismo cabe decir del abandono de ciertas prácticas de piedad, como los ejercicios espirituales, la adoración eucarística y la devoción a María.

Con demasiada frecuencia también hemos carecido del coraje suficiente para vivir con coherencia nuestra fe: buscábamos el reconocimiento y el afecto de la gente y creíamos que debíamos dulcificar nuestro compromiso cristiano para asegurarlos. En ocasiones, nos ha podido el resentimiento interior y la agresividad. Contaminados por una situación política teñida por la confrontación, hemos podido cortar puentes de entendimiento y cooperación en causas nobles y provechosas para el pueblo. Por supuesto, tampoco hemos vencido siempre la tentación del orgullo y del afán de protagonismo personal. Este afán se manifiesta en la infidelidad a los criterios pastorales comunes; en las frecuentes suspicacias entre los evangelizadores y las resistencias al trabajo en común y a la creación de equipos pastorales; y, en fin, en la indisponibilidad para servir allí donde la Iglesia desea que sirvamos. Las consecuencias más evidentes son la desilusión y el malestar pastoral de muchos de nuestros evangelizadores y la ausencia de unos frutos evangelizadores más abundantes.

### *1.4. Líneas de acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. **Impulsar la vida espiritual** promoviendo la conversión y el encuentro oracional en la familia, en la catequesis, en grupos de oración, y en la comunidad parroquial; buscando la identificación con Jesucristo; y, en fin, aprovechando los medios ordinarios conocidos por todos.

2. **Desarrollar el espíritu contemplativo** que nos permita percibir la acción providente de Dios, que alimente nuestra esperanza, y que nos impulse a colaborar positivamente a favor del bien común.

3. Ser fieles a nuestra identidad cristiana, sin disimularla o renunciar a ella, con una **fe confesante**.

4. **Reconocer la primacía de la gracia**, evitando la búsqueda de protagonismos personales y de planteamientos individualistas en la acción pastoral.

## 2. LA IGLESIA COMUNIÓN

Nacida del Dios Trinidad, la Iglesia se define como comunión. *“La Iglesia recibe su identidad más profunda del Amor que comparte en su seno la Santísima Trinidad y que se derrama sobre la historia por medio de la encarnación del Hijo y de la obra del Espíritu. Es el pueblo de Dios, ‘congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo’ (LG 4). Dios, origen y fin del hombre, es fuente y meta de la comunión en la Iglesia, porque hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús (cfr. 1 Tim 2, 5-7; Heb 4, 14-16)”* (Sin 34, 1). El primer fruto que debe ofrecer nuestra Iglesia es el de la comunión, en primer término con Dios, que es Él mismo comunión y fuente de comunión (cfr. LG 2-4). Pero esa comunión se debe hacer extensiva también a todos los hermanos en la fe (cfr. 1 Jn 1, 3.6-7).

La participación en la vida trinitaria y, en consecuencia, en la comunión eclesial, se produce mediante los sacramentos de la Iniciación cristiana. Se manifiesta también en otros muchos signos y se sostiene sobre una sólida espiritualidad de comunión. El Siervo de Dios Juan Pablo II decía que *“Espiritualidad de la comunión significa, ante todo, una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico...”* (NMI 43). Por supuesto, esta espiritualidad debe complementarse con el desarrollo de ámbitos y espacios de comunión (cfr. NMI 45).

## 2.1. Constructora de la comunión

Nuestro Obispo nos recuerda que la **comunión para la misión** debe ser la actitud básica tanto para elaborar como para aplicar el nuevo Plan pastoral diocesano (cfr. Carta 2008, 3 y 4). Y citando el ejemplo y las palabras de San Pablo, nos invita, en primer lugar, a tener “*una sola alma o pensamiento*” y “*unos mismos sentimientos o aspiraciones*” (cfr. 1 Cor 1, 10; Col 2, 2); a no obrar por envidia u ostentación, sino dejándonos guiar por la humildad, considerando a los otros superiores a uno mismo (cfr. Fl 1, 17; Gal 5, 26); a no encerrarnos en los intereses propios, sino buscar los intereses de los otros (Fl 2, 4); y, en fin, a asumir los propios sentimientos de Jesucristo quien “*siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*” (Fl 2, 6-8).

Los Grupos que participaron en la elaboración del nuevo plan hacen hincapié en la necesidad de **crear vínculos comunitarios** en el seno de la comunidad eclesial básica de referencia –**la parroquia**– y **su prolongación inmediata** –**la unidad pastoral**–. Proponen configurar un modelo renovado de parroquia, donde se vive y expresa el espíritu de acogida, de servicio, de alegría, de participación de todos; una parroquia que, para crecer como comunidad, valora la Eucaristía, la oración, la formación y el compromiso socio-caritativo; una parroquia que pone al servicio de esa comunión instrumentos fundamentales como los Consejos; una comunidad parroquial que crea cauces de comunicación y diálogo entre los propios grupos que trabajan en ella.

A la vez, se propone alumbrar una parroquia con un proyecto misionero; que vive la comunión con las parroquias vecinas, en el contexto de la unidad pastoral y del arciprestazgo; que es solidaria con otras que disponen de menos recursos materiales y humanos, incluido el sacerdote; una parroquia dispuesta a colaborar en las campañas e iniciativas de la Iglesia universal, de la Iglesia en España, de la Diócesis y del arciprestazgo; y, en fin, una parroquia que respeta los criterios señalados por los Directorios y la normativa general de la Iglesia universal y particular de la Diócesis.

## 2.2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana

Precisamente, el primer objetivo específico del Plan 2003-2008 proponía “*promover y favorecer la espiritualidad de la comunión*” y, como primera línea de trabajo, abrir espacios de comunión entre los miembros de la Iglesia local, los organismos diocesanos y los movimientos apostólicos. El balance realizado por los Grupos que han participado en la elaboración del nuevo plan nos descubre **ciertas deficiencias**: Hay bastantes individualismos, protagonismos personales y parroquialismos; es frecuente el desconocimiento entre las personas y los grupos que colaboran en la tarea evangelizadora y sus respectivos proyectos; con frecuencia nos juzgamos con dureza y no valoramos lo positivo de los demás; y, en fin, no siempre se favorece la participación de todos los carismas y ministerios en la marcha de las comunidades. Pero, a decir verdad, son más los **elementos positivos** que encontramos: hay parroquias que se van abriendo al ámbito de la unidad pastoral; se han creado un buen número de Consejos de Pastoral arciprestales y parroquiales; todos los Servicios pastorales diocesanos y los arciprestazgos hacen su programación anual; se ha dado un buen impulso a la organización sectorial de la pastoral arciprestal; abundan las acciones pastorales integradoras, como la Semana de Pastoral y las asambleas arciprestales y parroquiales; hay una mayor coordinación entre los Servicios pastorales diocesanos y los movimientos y asociaciones; y, en definitiva, estos Servicios se han acercado un poco más a arciprestazgos y parroquias, aunque queda aún mucho camino por recorrer.

La segunda línea de trabajo propuesta en el Plan 2003-2008 para caminar hacia la comunión ha tenido que ver con el fomento de la **fideli-  
dad a las orientaciones de la Iglesia y de la disponibilidad para asumir y compartir tareas pastorales**. Se citan el desconocimiento de las orientaciones, la falta de preparación y el no seguimiento de los compromisos como las raíces principales de la infidelidad a las orientaciones eclesíásticas. En cuanto a la disponibilidad, se advierten bastantes fallos: muchos se resisten a asumir responsabilidades, o sólo aceptan las pequeñas; faltan relevos para la acción pastoral; y, en fin, falta constancia en el cumplimiento de los compromisos.

En tercer lugar, se nos proponía **crear equipos de evangelización, litúrgicos y socio-caritativos**. La evaluación nos descubre que, en los arciprestazgos y en las parroquias de la ciudad, se ha avanzado. La despoblación del mundo rural ha dificultado estos avances en su ámbito. A la creación del Catecumenado de Adultos, la Escuela diocesana de Liturgia, los moderadores de Celebraciones en Ausencia de Presbítero y el Voluntariado San Froilán, en el ámbito diocesano, hay que añadir la de algunos equipos en los ámbitos arciprestales y parroquiales.

También se ha intentado aplicar y desarrollar la **cooperación estable de personas consagradas y de seglares**. El balance deja constancia de que algunos sacerdotes no facilitan debidamente la participación de los laicos; de que un buen número de laicos muestran escasa disponibilidad; de que hay lagunas en las relaciones parroquias-colegios; de que se realizan actuaciones ligadas a necesidades puntuales, no a programaciones estables; y, en fin, del abandono de algunos servicios pastorales por parte de comunidades religiosas. Sin embargo, también se han producido notables avances. Así, por ejemplo, los religiosos con cargo pastoral están perfectamente integrados; la integración de las religiosas en la pastoral rural es muy buena y estable; ha aumentado la colaboración de equipos apostólicos; y, en general, los sacerdotes están más abiertos a la colaboración de unos y otros.

La última línea de trabajo señalada por el Plan 2003-2008 en orden a la comunión nos pedía estimular la **apertura a las necesidades evangelizadoras de la Iglesia universal y la acogida a personas de otras culturas y credos religiosos**. En general –se dice– se ha estimulado la apertura: las campañas con sus oraciones y sus colectas, la cooperación en proyectos del Tercer mundo, el contacto con los misioneros, la creación del Seminario “*Redemptoris Mater*” Virgen del Camino, y la cesión de la iglesia del Colegio de Huérfanos Ferroviarios para los católicos de rito bizantino lo demuestran. Respecto a la acogida a personas de otras culturas y credos religiosos, se dice que, en nuestra diócesis, se les acoge bien. Gracias a Cáritas, se ha acompañado y ayudado a muchas familias necesitadas. Se echan de menos, no obstante, otro tipo de ayuda y un mayor contacto que permita una labor educativa y pastoral.

### 2.3. Líneas para la acción pastoral

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. **Cultivar la espiritualidad de la comunión** basada en la contemplación del Dios Trinidad que nos lleva a descubrir su presencia en el hermano en la fe y en su labor pastoral.

2. **Formar para la participación**, la corresponsabilidad, y el asociacionismo laical. Al mismo tiempo, dar a conocer los movimientos y asociaciones implantados en la Diócesis, apoyarlos y facilitar la inserción de los fieles en ellos.

3. **Fomentar la comunión**, a través de la acogida, promoción y colaboración de todos los ministerios y carismas, en el seno de las comunidades cristianas; la fidelidad a las orientaciones y criterios de la Iglesia; la disponibilidad para servir allí donde se nos envía; la creación de equipos de evangelización, de liturgia y socio-caritativos; y, en fin, el trabajo en equipo.

4. Promover la **apertura a las necesidades evangelizadoras de la Iglesia universal** y a las personas de otras culturas y de otros credos religiosos.

## 3. LA IGLESIA MISIÓN

Como nos recuerda el *Sínodo diocesano 1993-1995*, “*la identidad de la Iglesia es la comunión de sus miembros con Dios y entre sí. Sin embargo, esta comunión tiene una dimensión dinámica y expansiva: la Iglesia es una comunidad misionera. No vive para sí; está al servicio del Reino de Dios; existe para ofrecer a todos la Buena Noticia de que Dios nos quiere salvados. Existe para evangelizar*” (Sin 35, 1; cfr. EN 14).

El mandato misionero de Cristo (cfr. Mt 28, 19) sigue vivo y nuestra Iglesia particular de León no debe sustraerse a él si no quiere renunciar a ser lo que es. Su contenido viene señalado por el *Sínodo 1993-1995*: “*Este envío tiene que traducirse en la oferta del primer anuncio de la persona de Jesucristo y su Evangelio a quienes aún no lo reconocen como Señor y Salvador ni ven en la Revelación la muestra de la voluntad salvadora de Dios*” (Sin 42, 1). La finalidad de este primer anuncio es “*suscitar la*

*fe, la conversión y la adhesión global al Evangelio del Reino*” (Plan CEE, 13). Va dirigido a los no cristianos y a aquellos que, habiendo sido bautizados, permanecen alejados de la fe y de la vida cristiana. A este primer anuncio sigue la catequesis, destinada a que el convertido profundice en *“el misterio de Cristo a la luz de la Palabra para que todo el hombre sea irradiado por ella”* (CT, 20). También forman parte del anuncio de Jesucristo y su Evangelio la educación católica, la formación teológica y la pastoral de la cultura.

Respecto a **la educación católica** hay que recordar que *“la Iglesia entiende su presencia en la escuela como una acción educativa y evangelizadora...; la escuela es ‘católica’ porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo metas finales”* (Plan CEE, 15; cfr. CT 34 y 69). Por lo que se refiere a **la formación teológica**, cabe esperar que, siendo rigurosa desde el punto de vista científico, *“genere adoradores en espíritu y verdad”* (Plan CEE, 15; cfr. EE 52) y se haga presente en el mundo universitario y de alta cultura como “caridad intelectual”. Finalmente, la **pastoral de la cultura** tiene ante sí el difícil reto de inculturar la fe en una cultura nueva predominantemente fragmentaria, inmanente, individualista, hedonista y cerrada a la trascendencia. Le será de gran provecho el uso conveniente de los medios de comunicación social, medios que deben ser impregnados también del espíritu evangélico.

### *3.1. Requisitos para la acción misionera*

El primer requisito para la acción misionera ha de ser *“una profunda y total conversión a la persona de Jesucristo y a los valores del Reino que Él vino a traer”* (Sin 44, 1). Sin esa conversión, nuestro anuncio carecerá del necesario entusiasmo y de la fuerza que contagia y anima a abrazar la fe en Cristo. Esa **conversión**, de cara a la evangelización –nos recuerda nuestro Obispo– no puede ser solamente personal, ha de ser también comunitaria y eclesial y recibe el apelativo de pastoral (Carta 2008, 8). Sobre esta conversión pastoral hablaremos más adelante.

El segundo principio que se ha de tener en cuenta es el de **la encarnación**. Nuestra Iglesia de León está llamada a evangelizar a una sociedad cada vez más compleja, en la que hay personas decididamente ateas

o agnósticas; personas que se han alejado de la fe y que viven en la indiferencia religiosa; gentes que comparten algunos principios y orientaciones de la Iglesia, pero que no participan normalmente en las celebraciones ni colaboran en los compromisos eclesiales; y, en fin, también hay personas de fe madura. La Iglesia de Dios que peregrina en León está llamada a evangelizar a estas personas en situaciones muy diferentes. Evidentemente, no podrá realizar su misión desde la lejanía, ha de encarnarse profundamente. Sólo esa presencia encarnada le permitirá ser verdadero fermento del Reino.

Precisamente, una Iglesia encarnada no puede olvidar **algunas realidades de nuestro mundo que se nos presentan con especial urgencia**. La actual crisis global, aunque presenta la penuria económica como la cara más visible, tiene un origen moral y espiritual que no debemos ignorar en los planteamientos del nuevo Plan pastoral diocesano. El Cristo que se identifica hasta el extremo con los pobres y los que sufren, Aquel que les propone como los primeros destinatarios y beneficiarios del Reino de Dios, el que se comprende como enviado a anunciar la buena noticia a los pobres (cfr. Lc 4, 18), nos pide hoy un compromiso especial por compartir bienes, habilidades y talentos. Otro elemento que define la crisis global de nuestro tiempo es **la pérdida de sentido y la falta de esperanza**. En efecto, como nos dice el Siervo de Dios Juan Pablo II: *“La época que estamos viviendo, con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Tantos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo”* (EE 7). El *Plan pastoral diocesano 2009-2014* pretende responder a estos retos anunciando, celebrando y viviendo el Evangelio de Jesucristo, *“nuestra esperanza”* (EE 19).

Otra realidad que la encarnación evangelizadora nos pide atender es el fuerte avance de la **cultura de la muerte** que quiere instrumentalizar la vida humana, quitándole todo valor de trascendencia y sometiéndola al libre arbitrio de una humanidad sin Dios. El Dios que nos asegura: *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”* (Jn 10, 10), Aquel que es capaz de dar su vida para que nosotros tengamos vida eterna nos pide un decidido y firme compromiso a favor de la vida en todas sus fases y situaciones: la vida del niño no nacido, la del parado, la

del enfermo, la del pobre sin recursos, la del anciano decrepito, y la del enfermo terminal. En toda situación y con toda persona que esté en debilidad o vea amenazada su vida, debemos proclamar, celebrar y vivir el Evangelio de la vida.

Y, en fin, una auténtica misión sólo es posible **desde la comunión** ya mencionada. La comunión interna es el punto de partida de la misión eclesial. Así que, cuando construimos la comunión, estamos siendo ya misioneros (cfr. Sin 35, 3). Por otra parte, el horizonte hacia el que nos encamina la misión es el Reino de Dios. Toda misión evangelizadora debe conducir a él (cfr. EN 8). Este Reino que se inauguró con la Resurrección de Jesucristo se le regala como prenda y anticipo a la misma Iglesia. Sus semillas, esparcidas más allá de los márgenes eclesiales, deben ser acogidas por la comunidad eclesial que, además, está llamada a colaborar para que los contornos de ese Reino *“se amplíen a todos los ámbitos humanos y cósmicos”* (Sin 35, 4).

### *3.2. Líneas para la acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. Incentivar en los pastores, en los consagrados y en los demás fieles el **ardor misionero** acompañado de una sincera **conversión pastoral**.

2. Procurar un estilo pastoral nuevo, una **pastoral misionera**. Esto nos pide promover una Iglesia cercana a los seres humanos concretos que viven con fuerza la crisis global actual; una Iglesia que se hace presente en los distintos ambientes; una comunidad eclesial que explora y trata de percibir la acción del Reino de Dios en los corazones y en las circunstancias actuales; una Iglesia que abre caminos de fe, esperanza y amor; y, en fin, una Iglesia libre y servidora.

3. **Promover y defender la vida** desde su concepción hasta su fin natural como don de Dios y primer derecho de la persona. Apoyar y extender la pastoral de la salud; colaborar con la Delegación de Pastoral Familiar y Promoción de la Vida Humana; y, en fin, unir nuestro compromiso al de todos los que están a favor de la vida, en cualquier circunstancia.

#### 4. LA CONVERSIÓN PASTORAL

Los cambios radicales que se han venido produciendo en los últimos decenios y que llevaron al Siervo de Dios Juan Pablo II a proponer una Nueva Evangelización están sucediéndose, en nuestra Iglesia, a un ritmo acelerado. Esta Nueva Evangelización que recibió de nuestro Sínodo y de los planes pastorales posteriores una clara y decidida acogida (cfr. Sin 7-12; 15-19; 14, 3; 47; 228; etc.) reclama hoy –como nos recuerda nuestro Obispo– una conversión pastoral (cfr. Carta 2008, 8).

##### *4.1. Exigencias de la conversión pastoral*

Esta conversión pastoral no se resuelve única, ni siquiera principalmente, en un cambio de estilo, en el uso de nuevos métodos y en la creación de nuevas estructuras. La conversión pastoral supone la **fidelidad a la identidad cristiana y eclesial**. Se quedaría en un puro ejercicio de marketing pastoral si no se cimentara sobre la identificación y el seguimiento de Jesucristo, si no se desarrollara dentro de la comunión eclesial, y si no se viera impulsada por una clara y decidida vocación misionera y evangelizadora.

La voz de Jesucristo y de su Iglesia, al igual que la realidad de nuestro mundo cambiante, herido y necesitado de consuelo y ayuda, nos piden una pastoral más creativa; una pastoral de servicio; y, en definitiva, **una pastoral con proyección misionera**. Hace años que viene hablándose, en nuestras tierras, de la necesidad de pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decisivamente misionera. Se trataría de caminar en la dirección que ha señalado el Episcopado Latinoamericano que, en Aparecida (Brasil), ha señalado que este estilo pastoral “*debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe*” (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, *Documento conclusivo*, Aparecida, 13-31 de mayo de 2007, Lima 2007, n. 365; cfr. 365-372).

Como dice el Obispo D. Julián, *“necesitamos un espíritu evangelizador más vivo, más creativo, más activo, con nuevos bríos”* (Carta 2008, 8). Nuestra Iglesia diocesana viene realizando un gran esfuerzo por acompañar y cuidar a los cristianos practicantes. La inmensa mayoría de las actividades pastorales van dirigidas a ese fin. Pero no podemos seguir esperando que los demás vengan a nosotros, sino que hemos de **ir a buscar a los invitados a la boda “a los cruces de los caminos”** (Mt 22, 9). En ocasiones se echa de menos una Iglesia más pegada a la calle, preocupada por los matrimonios jóvenes, las mujeres maltratadas, los jóvenes en busca de un lugar en la sociedad; una Iglesia que busca a los destinatarios de la misión allí donde están; una comunidad eclesial que no se sitúa como maestra sino como exploradora que, oyendo la voz del hombre de hoy, le ayuda a discernir los signos de la presencia del Reino y comparte con él el anhelo por la llegada de un “nuevo día”; una Iglesia, en definitiva, más consciente de la urgencia del primer anuncio, una Iglesia más misionera.

La conversión pastoral ha de tener en cuenta también que el sujeto evangelizador es un **sujeto comunitario** que, habiendo sido enriquecido con los dones del Espíritu Santo, ha de acogerlos y ponerlos al servicio de la edificación de la Iglesia (1 Cor 14, 12) y de la causa del Reino de Dios. Lo deja muy claro nuestro Obispo cuando dice que *“la conversión pastoral pide también, en la tarea evangelizadora (cfr. Sin 52), una mayor apertura a los diversos ministerios, carismas y funciones existentes en la Iglesia o que puedan suscitarse, por ejemplo, el diaconado permanente, los oficios litúrgicos de lector, acólito, director del canto, etc.; las funciones de catequista o de animador de jóvenes o de adultos, de acogida de novios o de padres en las parroquias; la asistencia social y otras formas de colaboración estable en este ámbito; la junta parroquial, el consejo pastoral, etc.”* (Carta 2008, 8). Nuestra Iglesia necesita **contar con todos los dones y carismas** a la hora de realizar su tarea. Por eso, los pastores han de vencer toda tentación de exclusivismo y abrir los espacios de colaboración y corresponsabilidad a todos los ministerios y carismas. También lo indica nuestro Obispo: *“Se trata de dar a las personas consagradas y a los seglares, sin reticencias ni reservas, la oportunidad de comprometerse más intensamente en la misión de la Iglesia, de formarse y de asumir su propia responsabilidad (cfr. Sin 218)”* (Carta 2008, 8).

## *4.2. Líneas para la acción pastoral*

1. **Impulsar una espiritualidad cristocéntrica, de comunión y misionera.** Para impulsar la espiritualidad que sitúe a Cristo en el centro se habrá de promover el conocimiento y la identificación con Jesucristo, reconocer la primacía de la gracia y evitar la búsqueda de protagonismos y de planteamientos individualistas en la acción pastoral. Para incentivar una espiritualidad de la comunión habrá que reconocer a la Iglesia como madre y al otro como hermano, de modo que se viva la filiación y la fraternidad y se comparta la tarea evangelizadora con espíritu de servicio. Por último, para desarrollar una espiritualidad misionera, será necesario alimentar el ardor en orden a la evangelización; descubrir la presencia del Dios providente más allá de los espacios y tiempos sagrados, de modo que se acreciente nuestra esperanza y se vea impulsado el diálogo y la colaboración con la sociedad en pos del bien común; y, en fin, acercarse a los indiferentes y a los alejados con una actitud humilde y servicial.

2. **Promover una formación integral sólida** que consolide identidades cristianas maduras, fieles y confesantes y que capacite para la participación y la corresponsabilidad dentro de la Iglesia y en el servicio al mundo.

3. **Vivir la comunión** a través de la acogida, promoción y colaboración de todos los ministerios y carismas, en el seno de las comunidades cristianas; de la fidelidad a las orientaciones y criterios de la Iglesia; de la disponibilidad para servir allí donde la Iglesia envía a sus hijos; de la creación de equipos de evangelización, de liturgia y socio-caritativos; y, en fin, a través del trabajo en equipo.

4. **Apostar por una pastoral misionera.** Esto nos pide promover una Iglesia cercana a los seres humanos sufrientes y necesitados; una Iglesia que se hace presente en los distintos ambientes sin renunciar a su identidad y sin dejar de ofrecer la sal y la luz del Evangelio; una comunidad eclesial que explora y discierne la presencia del Reino de Dios en los corazones y en las circunstancias actuales; una Iglesia que abre caminos de fe, esperanza y amor; y, en fin, una Iglesia pobre, libre y servidora.



## II

# ÁMBITOS PRIORITARIOS PARA LA ACCIÓN PASTORAL

En la primera parte del plan hemos abordado la naturaleza de la Iglesia misterio, comunión y misión, y hemos asentado la necesidad de una conversión personal y comunitaria que definimos como pastoral. Al final de cada capítulo hemos señalado grandes líneas de acción pastoral. Llega el momento de centrarnos en aquellos ámbitos que necesitan un mayor impulso misionero y evangelizador. Los Grupos que han colaborado en la elaboración del nuevo plan han propuesto los ocho que vamos a ver a continuación. Situaremos, en primer lugar, la pastoral de la comunidad cristiana, por ser la pastoral que está en la base de toda la pastoral sectorial. Seguiremos con la pastoral del matrimonio, la familia y la educación, al tratarse del lugar primero y fundamental de la iniciación en la fe. A continuación, situaremos tres ámbitos que, en la práctica pastoral, suelen ir de forma sucesiva: la Iniciación cristiana y el ministerio de la Palabra, la transmisión de la fe a los jóvenes, y la pastoral de las vocaciones. Aproximándonos ya al final, nos detendremos en la pastoral de la vida y de la salud y en el servicio de la caridad y la caridad política. Para terminar, abordaremos la pastoral bíblica y la animación bíblica de la pastoral.

## I. PASTORAL DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Nos referimos, en este momento, de forma especial, a la Eucaristía y a la vivencia del domingo. La exhortación postsinodal “*Sacramentum Caritatis*” de Benedicto XVI nos presenta la Eucaristía como un misterio que debe ser creído, celebrado, vivido y anunciado. Nuestro Obispo D. Julián nos pide convertir esta exhortación en fuente inspiradora de la pastoral a desarrollar en este sector en el nuevo plan (cfr. Carta 2008, 13).

### 1. *La Eucaristía, misterio que ha de ser creído, celebrado, vivido y anunciado*

1.1. En cuanto **misterio que ha de creerse**, hay que subrayar que la Eucaristía es fuente, cumbre y centro de la vida y de la misión de la Iglesia. En primer lugar, ella es el principio causal de la Iglesia, la que la construye: “*Cristo mismo, en el sacrificio de la cruz, ha engendrado a la Iglesia... del costado traspasado, dice Juan, salió sangre y agua* (cfr. Jn 19, 34), *símbolo de los sacramentos* (cfr. LG 3)” (SCa 14). La Eucaristía es constitutiva también del actuar de la Iglesia. “*La antigüedad cristiana designó con las mismas palabras Corpus Christi el Cuerpo nacido de la Virgen María, el Cuerpo eucarístico y el Cuerpo eclesial*” (SCa 15). Esto nos ayuda a comprender que no se puede separar a Cristo de la Iglesia. Es el Cristo Eucarístico el que está en la raíz de la transmisión de la fe y del compromiso cristiano. La Eucaristía lleva a su plenitud la Iniciación cristiana y es como el centro y el fin de toda la vida sacramental (cfr. DC 124-127). De hecho, como nos ha recordado el Concilio Vaticano II, “*los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan*” (PO 5).

1.2. Además, la Eucaristía es el **misterio que debe ser celebrado**. En íntima relación con el misterio creído está el misterio celebrado, puesto que “*la fuente de nuestra fe y de la liturgia eucarística es el mismo acontecimiento: el don que Cristo hace de sí mismo en el Misterio pascual*” (SCa 34). Esa relación se muestra, de un modo especial, en la belleza, “*expresión eminente de la gloria de Dios*” (SCa 35). Ha de ser cuidada, pues, la belleza litúrgica. Por lo demás, hay que recordar que el sujeto

propio de la liturgia es Cristo resucitado, que incluye a la Iglesia (cfr. SCa 36). Esto significa que *“su fundamento no está sometido a nuestro arbitrio ni puede ceder a la presión de la moda del momento”* (SCa 37). Hay que desechar el error de creer que el arte de celebrar correctamente se contradice con una participación plena, activa y fructuosa por parte de los fieles (cfr. SCa 38). Más bien hay que asegurar que aquello es condición de esto. Elementos de la recta celebración y de una *“actuosa participatio”* son: el reconocimiento y el ejercicio diferenciado de las diversas funciones en la celebración (cfr. SCa 53); vivir en un espíritu de conversión continua, es decir, examinando la propia vida desde el misterio que se celebra (cfr. SCa 53); participar activamente en la vida eclesial en su totalidad; unir nuestro ofrecimiento al de Cristo (cfr. SCa 64) y, en fin, comulgar espiritual y sacramentalmente (cfr. SCa 55).

Para este fin, se hace necesario *“promover una educación en la fe eucarística que disponga a los fieles a vivir personalmente lo que se celebra”* (SCa 64). Para la formación se propone una catequesis de carácter mistagógico, que lleve a adentrarse en los misterios celebrados. No obstante, no se debe olvidar que la mejor **catequesis sobre la Eucaristía** es la Eucaristía bien celebrada. El itinerario mistagógico ha de tener tres elementos: a) La interpretación de los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos; b) introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos; y c) enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana en todas sus facetas (cfr. SCa 64).

Pero cuando hablamos de la Eucaristía estamos hablando de **dos mesas con el mismo manjar**, que es Jesucristo: la Mesa de la Palabra y la Mesa del Pan sacramental. Como indica el Concilio Vaticano II, *“la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo”* (DV 21). En consecuencia, el centro de la vida cristiana deberá ser ocupado por *“la liturgia de la Palabra y la Eucaristía que están tan íntimamente unidas de tal manera que constituyen un solo acto de culto”* (SC 56). En ese sentido, debe evitarse una visión yuxtapuesta de las dos partes del rito, puesto que forman un único acto de culto (OGMR 28).

Refiriéndose propiamente a la **Liturgia de la Palabra**, los participantes en el Sínodo sobre la Eucaristía (2005) nos piden que se prepare y viva de modo adecuado; que se ponga gran atención a la proclamación, pues es Dios mismo el que nos habla (OGMR 29); que se promuevan otras formas de oración que pueden enriquecer la comprensión y la participación en la Eucaristía, particularmente las del Oficio divino. A los sacerdotes se les pide que *“preparen la homilía con esmero, basándose en un conocimiento adecuado de la Sagrada Escritura”* (OGMR 29; SC 7, 33, 52); que eviten homilías abstractas; que se esfuercen en poner en relación la Palabra de Dios proclamada con la celebración sacramental (SCa 52) y con la vida de la comunidad; e, incluso, que hagan homilías temáticas que traten, a lo largo del año litúrgico, los grandes temas de la fe cristiana (cfr. SCa 46).

1.3. Además, la Eucaristía es un **misterio que se ha de vivir**. En efecto, *“la Eucaristía transforma nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios”* (SCa 70; cfr. Rom 12, 1). Esa vida transfigurada por la Eucaristía supone *“vivir según el domingo”* (SCa 72). Los cristianos vivimos el domingo como el primer día de la semana, siendo conscientes de la radical novedad aportada por Cristo resucitado y de la liberación traída por Él y estando dispuestos a hacer de la propia vida una ofrenda con Cristo al Padre.

Este modo de vida nuevo se ha de manifestar, en primer término, viviendo el **precepto dominical**. *“Los Padres sinodales, conscientes de este nuevo principio de vida que la Eucaristía pone en el cristiano, han reafirmado la importancia del precepto dominical para todos los fieles... La vida de fe peligra cuando ya no se siente el deseo de participar en la Celebración eucarística”* (SCa 73). Este día, denominado por el Siervo de Dios Juan Pablo II como Día del Señor, Día de Cristo, Día de la Iglesia, Día del hombre (cfr. Carta Apostólica *Dies Domini* de 31.V.1998), da lugar a un nuevo modo de vivir el tiempo, las relaciones, el trabajo, la vida y la muerte. Urge presentar esta jornada como tiempo para el descanso y convertir la Eucaristía o, en su defecto, las Asambleas dominicales en ausencia de presbítero, en el centro del día.

1.4. Finalmente, la Eucaristía es el **misterio que se ha de anunciar**. No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacra-

mento. Una Iglesia eucarística es una Iglesia misionera (cfr. SCa 84). Y la primera misión que recibimos de la Eucaristía es la de dar testimonio. “Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica” (SCa 85). En la Eucaristía celebramos la entrega de Cristo en la cruz por nosotros y por todos los hombres. De la participación en la Eucaristía nace el servicio de la caridad para con el prójimo. La vocación de cada cristiano consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo (cfr. SCa 88). La Eucaristía nos compromete a luchar por la paz y la justicia; a evitar las trágicas diferencias entre ricos y pobres; a denunciar el desmesurado gasto en armamento; y, en fin, a luchar por evitar la muerte trágica de tantos seres humanos, causada por el hambre (cfr. SCa 89-90), el aborto, la violencia doméstica y tantas y tantas formas de violencia injustificada e injustificable.

## 2. *Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

La centralidad de la Eucaristía en la fe, en la celebración, en la vida y en la misión de la Iglesia ya fue tenida en cuenta por el *Plan pastoral diocesano 2003-2008*. Junto a ella, también el sacramento de la Penitencia y la renovación de la piedad popular. En efecto, el tercer objetivo específico proponía “*mejorar las celebraciones litúrgicas, en especial la Eucaristía dominical y el sacramento de la Reconciliación, y renovar las manifestaciones de la piedad popular*”. En orden a conseguir este objetivo, la Diócesis de León y sus instituciones han ido desarrollando un buen número de actividades. Ha llegado la hora de hacer balance.

Hay que reconocer, en primer lugar, el esfuerzo realizado por muchos sacerdotes, religiosos, consagrados y laicos en orden a mejorar la celebración de la **Eucaristía dominical**. En muchas parroquias con recursos humanos, se han mejorado la preparación y la participación, gracias, sobre todo, al nacimiento de equipos de liturgia. También hay parroquias en que se ha realizado un proceso de motivación importante, intentando conectar las celebraciones con los compromisos de fe. En parroquias donde el número de participantes es pequeño y el sacerdote dispone de un tiempo escaso para celebrar, parece que ha habido dificultades para conseguir un clima suficientemente sereno y participativo. Pe-

ro hay que reconocer a los sacerdotes que las atienden y a los seglares dispuestos a colaborar el gran esfuerzo realizado para celebrar con la mayor dignidad los Sagrados Misterios.

De los datos de que disponemos se deduce que, aunque se ha intentado desarrollar el **sentido comunitario** de esta celebración nuclear de nuestra fe, los frutos son escasos. En efecto, muchas misas son celebradas con prisa y sin el sentido religioso mínimo; a veces se suprimen pequeños detalles (por ej. la casulla, vestido sacerdotal) o gestos (genuflexión, lavabo, etc.) que despojan a la celebración de valores como el esmero y la significatividad de los signos. Se pueden indicar también otros aspectos mejorables: la preparación previa de los lectores, los monitores y otros participantes; la escasa presencia de acólitos y monaguillos; la asistencia de los fieles, que va descendiendo paulatina pero inexorablemente, sobre todo en los sectores de niños, jóvenes y familias jóvenes; la instrucción de los fieles que ignoran, con frecuencia, lo que están celebrando; el ambiente humano de acogida y de despedida de la celebración; y, en fin, las homilías, que siguen siendo, en su mayoría, alejadas de la realidad.

De cara al futuro, habrá que aprovechar las catequesis para trasladar a la conciencia de los fieles el valor central de la Eucaristía; crear grupos de formación bíblica que estudien y oren la Palabra de Dios; cuidar los signos y los lugares de la celebración para que sean expresivos del sentido de lo sagrado y comuniquen la alegría de la fiesta y de la salvación; y, en fin, racionalizar el número de eucaristías, reduciéndolo en el ámbito urbano y aumentándolo en el mundo rural, aunque, también aquí se deben distribuir con los criterios propios de las unidades pastorales.

Por lo que respecta a la **Penitencia**, sigue apareciendo como la hermana pobre de los sacramentos: en general, los fieles laicos no la valoran en su justa medida y los sacerdotes tampoco mantienen una praxis sacramental continuada que refleje una alta estima. En las parroquias urbanas, e incluso en las parroquias mayores del mundo rural, se hacen dos celebraciones comunitarias a lo largo del año, en Adviento y Cuaresma. Es de justicia agradecer a los sacerdotes el esfuerzo que realizan para ofrecer este servicio a todas estas parroquias. Desgraciadamente, sin embargo, el resto del año, quizás no le presten la debida atención.

Ante la dificultad para asegurar la celebración de la Eucaristía dominical en todas las parroquias de la Diócesis, hace unos años se impartió un curso de preparación de **moderadores de Celebraciones en Ausencia de Presbítero**. Este grupo de religiosas y seglares se han constituido en equipos de apoyo al mundo rural. Recientemente, se ha impartido otro curso y, ante la solicitud de sus respectivos párrocos, el Obispo les ha encargado oficialmente este ministerio. La valoración de esta actividad es positiva. Además, las personas que intervienen vienen prestando apoyo también en otras áreas pastorales, lo que constituye un buen elemento dinamizador. El hecho de que sean personas residentes en León, no obstante, constituye una rémora. Cabe esperar que se vayan suscitando vocaciones en las propias unidades pastorales y en los arciprestazgos. Para su preparación podrán contar con los Servicios pastorales diocesanos.

Esta misma dificultad para asegurar la celebración de la Eucaristía dominical nos pide a los pastores **una mejor organización y distribución de las misas**. Salvo en los centros de las unidades pastorales, en el resto de las parroquias habrá que proceder a celebrarlas en domingos alternos. Además, habrá que proseguir con la educación de los fieles para que, desde una valoración cada día mayor de lo que es y significa este Sacramento, se desplacen, en caso de que no se realice la celebración en su propia parroquia, al lugar donde tenga lugar.

El mismo *Plan pastoral diocesano 2003-2008* proponía **favorecer los espacios de oración en nuestras comunidades cristianas**. No parece que se haya hecho demasiado, al menos en parroquias pequeñas. Hay, sin embargo, otras que han ido introduciendo la Liturgia de las Horas, fundamentalmente en Adviento y Cuaresma. También las hay que siguen manteniendo vivas devociones como el Rosario y el Vía Crucis. Se echa de menos la creación de grupos de oración que faciliten el contacto directo con Dios en contextos comunitarios.

Y, en fin, este Proyecto de nuestra Iglesia proponía apreciar en su justo valor **la piedad popular** y avivar las raíces cristianas de estas manifestaciones. El balance también es discreto. De hecho, la mayoría de los católicos, al valorarla, destaca sus aspectos negativos: su carácter rutinario; su acentuación de la vistosidad y el folklore, por encima del in-

terés religioso; su escasa conexión con la liturgia; su vivencia más sentimental que comprometida. Y, aunque los Grupos que han colaborado en la elaboración del nuevo Plan hablan de que hay que tenerla muy en cuenta, no se vislumbran signos convincentes de que se vaya a tomar en serio esta labor.

### *3. Líneas para la acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

**1. Profundizar en la conciencia de que la Eucaristía, misterio que debe ser creído, es la fuente, el centro y la cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia.** Para ello, se hace necesario ofrecer una catequesis mistagógica, que lleve a adentrarse en los misterios celebrados. El itinerario mistagógico ha de interpretar los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos, introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos y enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana en todas sus facetas.

**2. Promover la participación plena, activa y fructuosa en la Eucaristía, misterio que ha de ser celebrado.** Para ello, hay que cuidar la belleza litúrgica; secundar el protagonismo del sujeto de la celebración: Jesucristo y su Iglesia; reconocer, preparar y ejercer diferenciadamente los diversos ministerios y funciones: lectores, acólitos, coro, monitores...; vivir en espíritu de conversión continua; participar activamente en la vida eclesial; y, en fin, comulgar espiritual y sacramentalmente.

**3. Preparar y vivir de modo adecuado la Liturgia de la Palabra** prestando atención a la proclamación; preparando adecuadamente la homilía, incluso después de haber reflexionado en grupo sobre los textos; pronunciando homilías que no sean abstractas, que pongan en relación la Palabra de Dios proclamada con la celebración sacramental y con la vida de la comunidad y que desarrollen, a lo largo del año litúrgico, los grandes temas de la fe cristiana.

**4. Promover la celebración del Domingo,** situando en el centro la Eucaristía o, en su defecto, la Celebración en ausencia de presbítero. Se ve oportuno redistribuir los horarios y reducir el número de eucaristías en la ciudad para poder apoyar al mundo rural, aunque sin que esto im-

plique renunciar a la aplicación de los criterios contemplados en el Proyecto de Unidades pastorales. Para disponer de moderadores de Celebraciones de la Palabra, habrá que ofertar los cursos de formación en las Zonas o en los arciprestazgos.

5. Acrescentar la **conciencia del valor y de la necesidad de celebrar el Sacramento de la Reconciliación**, facilitando a los fieles oportunidades frecuentes para la celebración.

## II. EL MATRIMONIO, LA FAMILIA Y LA EDUCACIÓN

### 1. *La familia, “Iglesia doméstica”*

Cuando el Concilio Vaticano II presentaba la familia como “Iglesia doméstica” (cfr. LG 11), reconocía su gran importancia para el crecimiento de sus miembros en el amor y para la realización de su vocación evangelizadora. En efecto, *“los esposos cristianos son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Son para sus hijos los primeros predicadores y educadores de la fe...”* (AA 11). La misma familia aparece definida, en otro lugar del mismo Concilio, como comunión misionera y espacio de vida y transmisión del Evangelio (GS 48). El *Sínodo diocesano 1993-1995*, haciéndose eco de esta alta valoración, invitaba a tomar conciencia de la gracia y de la responsabilidad que supone el encargo del Señor de promover la pastoral familiar (cfr. Sin 295, 4). El recordado Siervo de Dios Juan Pablo II nos recordaba hace unos años que esta pastoral es especialmente importante en un momento en el que *“se está constatando una crisis generalizada y radical de esta institución fundamental”* (NMI 47).

Estamos ante un campo que –en palabras de nuestro Obispo– *“sigue siendo uno de los campos de la misión de la Iglesia más urgentes en este momento”* (Carta 2008, 9). Al aumento alarmante de las separaciones matrimoniales, al planteamiento del divorcio exprés y al matrimonio entre personas del mismo sexo, últimamente se ha añadido la aprobación, por parte del gobierno de la nación, de un anteproyecto de Ley sobre el aborto y se adivinan nuevas disposiciones legales sobre la eutanasia. Como pastores, hemos de seguir insistiendo en la formación de los fieles y de las personas de buena voluntad *“sobre la base de la ley natural o con-*

*ciencia de las cosas infundida por Dios en el corazón del hombre, verdadero punto de partida de todos sus derechos y deberes”* (Carta 2008, 9).

## *2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

La familia viene siendo afectada por rápidos y profundos cambios. El Plan 2003-2008 ya hablaba de la difícil fidelidad a los valores que constituyen su fundamento; del derrumbamiento de la familia tradicional; de la carencia de influencia religiosa de muchos padres y madres en sus hijos; de la mayor dedicación al trabajo por parte de los dos cónyuges, con la consiguiente disminución del tiempo disponible para la atención de los hijos; y, en fin, de las nuevas legislaciones en materia familiar. A pesar de todo, sigue teniendo una gran importancia y sigue siendo objeto de un alto grado de aprecio y valoración (cfr. pp. 45-46).

A partir de estas constataciones, el pasado plan se proponía, como sexto objetivo específico, ***“estructurar y promover la Pastoral familiar para que dinamice a la familia como espacio de fe y santuario de la vida humana”***. Digamos, de entrada, que se ha hecho un gran esfuerzo por crear una red organizativa capaz de colaborar y, a la vez, de llevar las iniciativas diocesanas hasta los arciprestazgos, las unidades pastorales, las parroquias y los movimientos y asociaciones. En ese sentido, varios arciprestazgos tienen ya su delegado correspondiente y muchas parroquias de la ciudad cuentan también con un matrimonio responsable.

Ese objetivo general se ha explicitado en otros objetivos más concretos. En primer lugar, se ha procurado ***“abrir espacios de acompañamiento y formación, en el seno de las comunidades cristianas, para los jóvenes que desean fundar una familia...”*** Seis años después, los Grupos para la preparación del nuevo Plan constatan que los Cursos prematrimoniales son la mejor respuesta que está dando nuestra Iglesia diocesana. Algunos de ellos han tenido lugar en el ámbito arciprestal y otros en el parroquial y reciben calificaciones desiguales, aunque, si nos referimos a la que hacen los participantes, tenemos que hablar de una valoración alta. En cualquier caso, no creo que debamos pedir a estos Cursos más de lo que pueden dar. Evidentemente, necesitan y están pidiendo ser complementados con otro tipo de formación más sistemática y un acompañamiento personal.

Al lado de esta actividad, se han realizado también encuentros formativos más modestos. Esta práctica, presente sobre todo en comunidades rurales, podría mejorarse en el ámbito arciprestal. La preparación en grupo siempre resulta más enriquecedora.

Con el fin de aprovechar la oportunidad evangelizadora que ofrece la petición de los sacramentos de la IC para sus hijos, el *Plan 2003-2008* pedía fomentar los **encuentros con los padres**. De este modo se pretendía ayudarles a asumir, con más determinación, el protagonismo debido en la educación cristiana de sus hijos y, al mismo tiempo, ofrecerles un *“breve itinerario de inspiración catecumenal”*. Años después, constatamos que hay parroquias que se han tomado en serio el objetivo y han ido estableciendo estos encuentros. También alguna otra está introduciendo la figura de los padrinos parroquiales. Aun así, se apuntan algunas dificultades. La que parece más importante es la falta de motivación religiosa de la mayoría de los padres. Otra rémora nace de la movilidad: muchos se van el fin de semana al pueblo y se pierde el contacto parroquial.

También estos encuentros necesitan ser complementados con ofertas más sistemáticas y continuadas. Se ve la necesidad de **crear grupos y ofrecerles una Escuela de padres y madres**. Una de las tareas más nobles e importantes es la de educar a los pequeños. Pero, ¿dónde se puede aprender a educarlos? La creación de estas escuelas constituiría una oferta valiosísima para la humanización, para la socialización y, en definitiva, para la educación en la fe. Algún Grupo para la preparación del nuevo Plan pide se erija una en el ámbito diocesano. Cabe recordar que existe ya la Escuela de Padres y Madres ECCA, dependiente de la Delegación de Apostolado Seglar, que no se está aprovechando como es debido.

Si ha sido muy escasa la creación de grupos matrimoniales, también se ha quedado corta la potenciación de Movimientos de Pastoral familiar. El Objetivo concreto 4 del *Programa pastoral diocesano 2005-2006* invitaba a **valorar y fomentar los movimientos y asociaciones**. El resultado del intento ha sido muy modesto. Aun así, hay que valorar el hecho de que varios matrimonios estén recorriendo la etapa introductoria y, más que probablemente, pondrán en marcha, en nuestra Diócesis, el Movimiento Familiar Cristiano.

Finalmente, ante las abundantes situaciones de dificultad por las que pasan muchos matrimonios y familias, el pasado Plan proponía “**prestar especial atención a los matrimonios y familias que viven situaciones difíciles...**” El balance tiene luces y sombras. Por una parte, aunque muy pocos, existen algunos Centros parroquiales de Orientación familiar. Algunas parroquias también cuentan con ludotecas. No faltan ciertas Cáritas parroquiales que se ocupan del seguimiento de aquellos que padecen necesidades materiales. En otras ocasiones, cuando aparecen problemas de relación entre la pareja, se ha procurado la ayuda del Centro diocesano de Orientación familiar. Y, en general, se ha intentado ofrecer apoyo y orientación, a nivel individual. Pero también hay muchas sombras. Algunas van asociadas a la dificultad misma de las situaciones de todo tipo que se les presentan: dificultades económicas, dificultades educativas, dificultades por la presencia de algún hijo disminuido, dificultades en las relaciones de pareja, etc. Otras, en fin, tienen que ver con la falta de formación de los agentes de pastoral de este sector.

### *3. Líneas para la acción pastoral*

Vistas así las cosas, y teniendo en cuenta también otras circunstancias especiales que concurren en el momento presente como la crisis global, las dificultades para una normal inserción de la asignatura de Religión católica en los planes de enseñanza de la escuela pública y el protagonismo de la mujer pedido por el Sínodo (cfr. nn. 292-294) y recordado por nuestro Obispo (cfr. Carta 2008, 9), se ve necesario incidir en las líneas de acción que se señalan a continuación.

**1. Dar oportunidad para la formación y el acompañamiento personal a aquellos novios que se acercan a la parroquia para solicitar la celebración del sacramento del matrimonio.** En este sentido, hay que seguir impulsando los cursillos prematrimoniales. Es importante que se aprovechen estas ocasiones para proponer un proceso de formación sistemática y de grupo que puede comenzar por una escuela de padres y madres y desembocar en algún movimiento específico. Cuando no sea posible organizarlo en el ámbito parroquial o de la unidad pastoral, hágase en el arciprestal, e incluso en el ámbito diocesano. En cual-

quier caso, para que las actuaciones, en este terreno pastoral, no sean inconexas, puede ser muy oportuno que se elabore un plan integral y progresivo de pastoral familiar.

**2. Concienciar a las familias cristianas de su misión educativa,** que no puede esquivar la responsabilidad de despertar a la fe a sus hijos, de ayudarles a madurarla y de incorporarles a la vida de la comunidad y al compromiso cristiano. Se debe aprovechar, para hacer esta oferta formativa, la solicitud de los sacramentos de la Iniciación Cristiana de sus hijos. También servirá a este fin la celebración de jornadas, encuentros de matrimonios, etc. en los distintos ámbitos, incluidos los colegios católicos. Por supuesto, los agentes de pastoral han de intentar que los progenitores se sientan protagonistas en el proceso formativo de sus hijos, a través de distintos modelos de catequesis familiar; ejerciendo el ministerio de catequistas; y, en fin, colaborando con la parroquia, los catequistas, la Escuela católica, los profesores de religión y los educadores cristianos.

**3. Promover la oración y la lectura de la Biblia en familia, así como la celebración religiosa de los momentos fundamentales de la vida familiar.** Habrá que procurar que estos momentos constituyan auténticas experiencias de fe que toquen el corazón y la vida de las personas.

**4. Apoyar a los matrimonios que viven especiales dificultades en el sostenimiento y en la educación de sus hijos y en las mismas relaciones de pareja,** contando con personas especialistas y con instituciones como el Centro de Orientación Familiar. Al mismo tiempo se ha de prestar atención a los matrimonios fracasados, para lo que habrá que disponer de acompañantes bien preparados. En las parroquias se ha de desarrollar el ministerio de la escucha que posibilite el conocimiento de estos casos que, con frecuencia, son vividos por los afectados de forma vergonzante.

**5. Consolidar la estructura organizativa diocesana, arciprestal y de unidad pastoral, de la Pastoral familiar** a través de la designación, al menos en las parroquias urbanas donde no existe aún, de un responsable de esta pastoral, a poder ser, un matrimonio. También los arcipresazgos deben contar con un sacerdote responsable y con un equipo apostólico responsable del sector.

**6. Apostar por los Movimientos específicos y favorecer la coordinación** entre ellos, en el seno de la Delegación de Pastoral Familiar y Promoción de la Vida Humana.

### III. LA INICIACIÓN CRISTIANA Y EL MINISTERIO DE LA PALABRA

#### 1. *La iniciación en la fe*

Nuestra fe es un don de Dios que nos ha llegado por la mediación de nuestros padres y de la Iglesia que, conscientes del mandato del Señor –“*Id y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado*” (Mt 28, 19-20)– nos fueron dando a conocer a Jesucristo, a través de la catequesis en el seno familiar; nos introdujeron en la celebración de los misterios de nuestra salvación, particularmente la Eucaristía; y nos acercaron a la vida comunitaria y al compromiso de la fe en la Iglesia.

La comunidad eclesial, que encuentra su gozo en la evangelización (cfr. EN 14), ha de seguir cumpliendo el mandato del Señor. Y lo ha de hacer **transmitiendo la fe y desarrollándola**. La gracia bautismal viene a ser como una semilla que necesita crecer y desarrollarse. “*Toda la comunidad eclesial participa de la responsabilidad de desarrollar y guardar la gracia recibida en el Bautismo*” (CEC 1255). La catequesis subsiguiente al primer anuncio que suscita la conversión “*persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de nuestro Señor Jesucristo*” (CT 19). Pero la catequesis debe ir unida también a la acción litúrgica y sacramental, pues es en los sacramentos donde Jesucristo actúa en plenitud. “*La liturgia y la catequesis constituyen dos dimensiones de una misma realidad, introducir a los hombres en el misterio de Cristo y de la Iglesia*” (ICRO 39).

#### 2. *Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

En su segundo objetivo específico, el *Plan pastoral diocesano 2003-2008* proponía “*potenciar y, en su caso, instaurar los itinerarios de Iniciación cristiana para adultos, y para niños, adolescentes y jóvenes*”.

Nuestro Obispo D. Julián sigue proponiendo como prioritario este sector pastoral (cfr. Carta 2008, 10) y los Grupos para el nuevo Plan comparten su opinión.

El objetivo, en lo que se refiere a la instauración de los Itinerarios en el ámbito diocesano, puede decirse que se ha cumplido. A ello ha colaborado grandemente la creación y puesta en funcionamiento del Servicio diocesano para el Catecumenado. Se pretendía así evitar algunas prácticas erróneas como la administración del bautismo a niños de edad escolar y a adultos sin haber seguido el procedimiento adecuado. No siempre se ha logrado.

Es evidente que no se trata de que todas las comunidades cristianas instauren los cuatro itinerarios señalados por el *Directorio diocesano de la Iniciación cristiana*. Pero todas, eso sí, deberán ofrecer el llamado itinerario habitual, el que inicia a aquellos que han sido bautizados en la infancia y que solicitan completar su iniciación. En todo caso, si la comunidad parroquial fuera de tamaño insuficiente, sería deseable que se estableciera y mantuviera ese itinerario en la sede de la correspondiente unidad pastoral. Desgraciadamente, tampoco este mínimo se ha cumplido ni se está cumpliendo en amplias zonas del mundo rural. Como dice nuestro Obispo, “*el déficit de la catequesis en el ámbito parroquial es muy grande, sobre todo teniendo en cuenta que la parroquia tiene que suplir las carencias del despertar religioso en el seno de la familia*” (Carta 2008, 10). Respecto al resto de itinerarios, cabe pedir a los sacerdotes responsables que los tengan en cuenta y los den a conocer en sus parroquias; que inviten a los posibles interesados; y que apoyen la iniciación, en su ámbito, en coordinación con el Servicio diocesano.

El itinerario de los adultos que realizan total o parcialmente el proceso de IC viene durando un curso. Hay razones para preguntarse si será un tiempo suficiente. Otro elemento mejorable es la inserción en las respectivas comunidades parroquiales de aquellos que realizan el catecumenado en el ámbito diocesano.

### 3. Principales elementos configuradores de la Iniciación Cristiana

A continuación, repasaremos brevemente algunos de los elementos más importantes que configuran la IC. Nos detendremos a evaluar la si-

tuación de la catequesis, los catequistas, los catequizandos, el catecismo, la enseñanza religiosa escolar, la IC en los colegios de ideario católico y el *Directorio diocesano de la IC*.

**La catequesis.** El Plan anterior proponía que la catequesis desarrollara todas las dimensiones de la IC. Parece, sin embargo, que el mayor énfasis se está poniendo en la dimensión noético-dogmática y que, incluso ésta, sigue ofertándose de forma poco sistemática y con algunas lagunas, particularmente en la lectura, conocimiento y asimilación de la Palabra de Dios. Tampoco se pone un suficiente énfasis en la dimensión moral; en el compromiso social; en la iniciación a la vida litúrgica y a la oración personal y comunitaria; y, en fin, en la dimensión misionera y apostólica. Además de incompleta, la catequesis viene siendo habitualmente discontinua e incluso, a veces, no existe. A pesar de la insistencia de los agentes de pastoral que buscan la continuidad del proceso, los frutos están siendo escasos. La mayor parte de los catequizandos y de sus familias la ven como una preparación para recibir los sacramentos, no como una verdadera iniciación cristiana.

**Los catequistas.** Se debe valorar y agradecer la disponibilidad y la perseverancia de estos destacados agentes de pastoral, sobre todo, teniendo en cuenta el contexto socio-cultural en el que vivimos y la escasa disponibilidad de tiempo de muchos de ellos. Precisamente, estas dificultades y otras muchas que no es el caso indicar ahora, les exigen una permanente actualización doctrinal, pedagógica y, sobre todo, espiritual. Cada vez más se precisa de auténticos testigos que contagien con su palabra y el testimonio de su vida la grandeza de la fe y del seguimiento de Jesucristo.

**Los catequizandos.** Mientras su número decrece en el mundo rural, aumenta especialmente en el cinturón de la capital. De entrada, la mayoría de los iniciandos llega a nuestras comunidades parroquiales con un déficit de preparación, sin haber realizado el despertar religioso. La iniciación en la fe, que tradicionalmente solía ofrecer la familia, en la mayoría de los casos, ya no se da. Por otra parte, con frecuencia, la familia reduce los elementos de la IC a meros trámites para el “acto social” de la Primera Comuni3n. Esto exige a los agentes de pastoral un esfuerzo especial por concienciar a los padres y madres y al propio catequizan-

do de la importancia y del significado del proceso. Estamos sugiriendo también que hay que buscar una mayor implicación familiar, pues la familia es el soporte fundamental para la educación de los hijos. Las experiencias de la catequesis familiar unida a la catequesis infantil animan a escrutar estos caminos. Y, desde luego, es imprescindible convocar a los padres para realizar también con ellos un cierto proceso de reiniciación en la fe, en la celebración y en el compromiso cristiano.

**El catecismo “Jesús es el Señor”.** Este nuevo *Catecismo de la Conferencia Episcopal para la Iniciación sacramental*, declarado obligatorio en nuestra Diócesis por el Obispo D. Julián (cfr. “B.O.O.” de marzo-abril de 2008, pp. 133-136; Directorio de la IC, n. 42) es el instrumento llamado a renovar y mejorar la catequesis de la IC. De momento, no está siendo suficientemente conocido, valorado y aplicado por los sacerdotes y catequistas. Queda como tarea pendiente. Además, habrá que preparar a los catequistas para que puedan sacarle el mayor provecho. La *Guía Básica del Catecismo para Catequistas* publicada por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis puede constituir una ayuda muy eficaz para todos.

**La enseñanza religiosa escolar (ERE).** A partir del *Plan 2003-2008* se ha intentado primar la dimensión evangelizadora de la ERE. La Delegación de Enseñanza y Catequesis, junto con un buen puñado de profesores, han hecho un gran esfuerzo por organizar y mejorar la formación permanente de los educadores católicos y, en concreto, de los profesores de Religión, destacando su misión evangelizadora. Junto a los buenos frutos conseguidos, hay que reconocer la existencia de algunos profesores de Religión y algunos gestores de la enseñanza concertada que minusvaloran su identidad católica y su apoyo a la IC de niños y jóvenes. Incluso hay quien, en consonancia con un laicismo radical, pide públicamente la supresión de la enseñanza religiosa escolar. Por otra parte, tampoco las comunidades cristianas tienen suficiente conciencia de la gravedad del problema. Urge tomar iniciativas que vinculen los ámbitos de la familia, el centro escolar y la parroquia, para que se potencie la formación y vivencia cristiana como un todo. Aquí puede representar un papel importante la coordinación de los párrocos y los profesores de Religión que comparten el espacio geográfico de vida de los alumnos.

**La IC en los colegios de ideario católico.** *El Directorio diocesano de la IC* contempla la posibilidad de que los colegios católicos, de acuerdo con la parroquia en la que están asentados, pueden ofrecer el proceso catequético de la IC. Se intenta, en todo caso, destacar la centralidad de la parroquia, lo que exige que esos niños y jóvenes participen de la vida parroquial, incluida la eucaristía dominical. Esto necesita de una relación permanente y fluida entre parroquias y colegios y de la programación de actividades conjuntas, en orden a la IC de los chicos.

***El Directorio diocesano de la IC.*** Publicado para ofrecer criterios claros y determinaciones concretas en orden a unificar la práctica pastoral de la IC, el Directorio ha sido ya estudiado por algunos grupos sacerdotales. También ha sido presentado a grupos de catequistas y padres. Hay que valorar el esfuerzo que muchos pastores están realizando en ese sentido y también en su aplicación. Sin embargo –nos recuerda el Obispo de la Diócesis- necesita ser asumido mental y cordialmente por la comunidad diocesana, por los padres y las familias, por las parroquias y los colegios de ideario católico, y por los agentes de pastoral, sobre todo los párrocos (cfr. Carta 2008, 10); necesita también una divulgación mayor; y, sobre todo, debe ser aplicado con mayor fidelidad: la disparidad de criterios, en este terreno, suele ser materia de constante desazón y desencuentro.

#### 4. *El servicio de la Palabra: reiniciación en la fe y formación permanente integral*

Al lado de la Iniciación cristiana colocamos el servicio de la Palabra. Esta tarea, llevada a cabo a través de múltiples cauces, colabora en la formación y la maduración en la fe, de forma permanente, de aquellos que han sido ya iniciados. Teóricamente, los iniciados viven ya en una situación de adhesión y seguimiento fiel de Jesucristo. Pero la verdad no se corresponde normalmente con este supuesto. Desgraciadamente, nos encontramos, cada vez con más frecuencia, personas adultas que, incluso habiendo completado la IC, se han alejado de la fe, de la práctica religiosa y del seguimiento de Jesucristo. Nuestra Iglesia, fiel al mandato y al ejemplo de Cristo, ve necesario iniciar nuevos caminos de aproximación a estas personas y abrir nuevas puertas a su formación y su reen-

cuentro con Dios y con la comunidad eclesial. Otras personas viven con normalidad su fe, pero también necesitan alimentarla, enriquecerla y anunciarla. También a ellas se les hace necesaria una formación permanente integral, que podrán recibir a través de diversos cauces.

En palabras de nuestro Obispo, *“la insistencia en la Iniciación cristiana de niños y jóvenes no debe hacernos olvidar, sin embargo, que existe también una formación permanente en la fe propia de los adultos. Esta formación consiste básicamente en la perseverancia y maduración en la vida cristiana por medio de los Palabra de Dios, la práctica de Misa dominical y de los sacramentos, y lo que conocemos como la genuina piedad popular. Pero consiste también, especialmente para aquellos que no recibieron una catequesis suficiente o se han alejado de la Iglesia, en una verdadera y propia catequesis de adultos”* (Carta 2008, 10).

#### 5. *La formación de los laicos*

Somos conscientes de que las palabras del Señor *“vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo”* (Mt 5, 13-14) van dirigidas a todos los bautizados. Somos conscientes de que les corresponde a los laicos, por propia vocación, hacer presente el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios (cfr. LG 31). No se nos escapa que el apostolado de los laicos participa en la misma misión de la Iglesia (cfr. LG 32). Esta “alta” vocación a la que los laicos son llamados exige una formación permanente que se dirija a todas las dimensiones de la persona, que sea integral, una formación que les haga valorar su propia formación y que les capacite para asumir sus responsabilidades intraeclesiales y extraeclesiales; que les permita asimilar y vivir los valores evangélicos y la amistad con Jesucristo; que les haga evangelizadores activos en los distintos ambientes; que les capacite para transformar evangélicamente las estructuras injustas y pecaminosas; y, en fin, que les motive a asociarse.

#### 6. *Cauces para la reiniciación y la formación permanente integral*

Tanto la reiniciación en la fe como la formación permanente integral podrán ser realizadas a través de cauces como la catequesis de adultos, de la que **el Itinerario de Formación de Adultos de la Comisión**

**Episcopal de Apostolado Seglar y el neocatecumenado del Camino neocatecumenal** constituyen dos modos, entre otros, particularmente significativos e importantes; las homilías; e instituciones como el Instituto Superior de Ciencias Religiosas, los medios de comunicación social y la escuela de titularidad católica, además de otras diversas iniciativas parroquiales y arciprestales.

Para muchos católicos **la homilía** constituye la única ayuda para la formación permanente. Sabido es que la homilía es uno de los servicios más importantes que podemos hacer a la Palabra de Dios y a la comunidad. Éstas son sus características fundamentales: actualiza la Palabra de Dios proclamada en la celebración; ilumina y cambia nuestra vida; introduce en el misterio que se celebra; es un apoyo para el tránsito al misterio eucarístico; y, en fin, toca el corazón, al fundamentarse no solamente en el sentimiento, sino también en una sana doctrina. Para que cumpla todas estas funciones, es fundamental que el ministro sagrado la prepare convenientemente. Es bueno hacerla en un marco oracional y sabiendo que el predicador es el primer destinatario de la misma. Puede ser útil también prepararla a partir de tres preguntas: qué dicen las lecturas; qué le dicen al ministro ordenado; y qué cree éste, ante Dios, que debe decir a la comunidad, en la situación concreta en que se encuentra.

Tres instituciones que pueden colaborar eficientemente en la formación permanente son **el Instituto Superior de Ciencias Religiosas (ISCR)**, el Secretariado de Comunicación Social y la escuela católica. Respecto a la primera de ellas, los Grupos que han colaborado en la elaboración del nuevo plan recuerdan la necesidad de aprovechar este cauce. Advirtiendo la necesidad de intensificar la formación de los ministros laicales y, en general, de todos los agentes de pastoral, el ISCR es considerado una buena plataforma formativa. Respecto al **Secretariado de Comunicación**, se le pide que capitanee la lucha contra el poder negativo de la publicidad y de ciertas corrientes ideológicas, y la integración de la visión cristiana en la nueva cultura creada por ellos; que presente con claridad las acciones benéficas de la Iglesia; que promueva la coherencia de los contenidos y comportamientos de los medios propios con las enseñanzas de la Iglesia; que presente sin complejos la verdad del Evangelio; y, en fin, que enseñe a utilizarlos.

Finalmente, se debe recordar que **la escuela católica** participa de la misma misión de la Iglesia y en su proyecto educativo se funden armónicamente fe, cultura y vida. “*Por su medio la Iglesia local evangeliza, educa y colabora en la formación de un ambiente moralmente sano y firme en el pueblo*” (Congregación para la Educación Católica, *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (7.IV.1988), 34). Por su parte, los obispos españoles han señalado recientemente sus prioridades y urgencias: renovar y fortalecer la propia identidad, implicar a las familias en el ejercicio de su derecho a decidir y dirigir la educación de sus hijos (cfr. Declaración Universal de los Derechos Humanos, art. 18 y 26.3), actualizar el compromiso con los más necesitados y promover la unidad de la comunidad eclesial a favor de sus centros y de su identidad (cfr. LXXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La Escuela Católica. Oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI* (27.IV.2007), 53-58). Por su parte, nuestro Obispo, después de recordarnos las dificultades crecientes para incorporar el estudio libre de la religión católica en los planes de enseñanza de la escuela pública y el planteamiento de la asignatura “Educación para la ciudadanía”, señala la necesidad de defender el derecho de los padres, apoyados por la escuela católica, a formar a sus hijos de acuerdo con sus convicciones religiosas y morales (cfr. Carta 2008, 9).

### *7. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

El análisis de la realidad pastoral de nuestra diócesis deja al descubierto **muchas carencias**. Así, por ejemplo, faltan en nuestras comunidades fieles cristianos laicos con una fe adulta, testimonial, comprometida; son escasos aquellos que reciben una formación cristiana integral; la mentalidad de muchos cristianos, referida a asuntos fundamentales, no es coherente con el Evangelio; el asociacionismo laical es insuficiente; se da una ruptura entre la fe y la cultura; su presencia en los medios de comunicación social es escasa; y, en fin, hay distancia entre muchos seglares y sus pastores.

Un análisis con similares resultados llevó al anterior *Plan pastoral* a proponer la apertura de varios frentes de trabajo que revisaremos a continuación. En primer lugar, propuso **impulsar la Escuela de Animado-**

**res de Formación de Laicos.** A nivel diocesano recibió un fuerte impulso en el comienzo. Luego, por distintas causas, fue perdiendo actividad. Posteriormente, la Comisión episcopal de Apostolado seglar diseñó y propuso un *Itinerario de Formación* que vino a ocupar el espacio dejado por la Escuela. Este Itinerario fue presentado en la Diócesis por Mons. Elías Yanes, Arzobispo emérito de Zaragoza, y está siendo impulsado por la Delegación diocesana de Apostolado seglar. Aunque ha sido bien acogido por un arciprestazgo y adoptado por la Acción Católica, aún debería hacerse más presente, para lo que será necesario darlo a conocer y apoyarlo, en todos los niveles, con más determinación.

Se propuso también **valorar y aprovechar el Instituto Superior de Ciencias Religiosas** como cauce de formación teológica y pastoral. Según la valoración realizada por los Grupos que han colaborado en la elaboración del nuevo Plan, la respuesta dada por la Diócesis ha sido buena. Sin embargo, se cree que no es suficientemente conocido ni apoyado por las parroquias que podrían encontrar en él un buen espacio para la formación de los seglares. Por otra parte, está el inconveniente de la distancia: a los seglares de las zonas rurales les es difícil acceder a él.

En tercer lugar, se hacía una apuesta por la **Pastoral universitaria**. Hay que reconocer las grandes dificultades que presenta el trabajo pastoral en este campo: hay poco interés por parte de la mayoría de los jóvenes universitarios, que están a otras cosas; falta un espacio de referencia y de encuentro; no hay continuidad ni en los destinatarios ni en las acciones realizadas; se desconocen las iniciativas de la pastoral en este sector; y, en fin, falta coordinación entre pastoral juvenil, pastoral universitaria y voluntariado. Aun así, se están dando pequeños pero importantes pasos y los frutos pueden ser calificados de esperanzadores.

La cuarta propuesta tenía que ver con la utilización de los **medios de comunicación social** al servicio de la evangelización y de la promoción de los valores humanos. A pesar de que se apuntan algunas deficiencias, no se deben ignorar frutos evidentes como la reestructuración de la Secretaría de Medios, a cuyo frente se ha puesto a una periodista profesional; la confección de la página web; la presencia televisiva a través de Popular TV, que ha permitido emitir innumerables noticias y testimonios religiosos, etc.

Finalmente, el *Plan pastoral 2003-2008* proponía **impulsar los movimientos apostólicos** de seglares. Se apunta que la promoción ha sido desigual. También se indica que algunos tienen bastante vitalidad, mientras que otros presentan una vida más bien lánguida; que se repiten las mismas personas en distintos movimientos; que hay bastante falta de compromiso; y, en fin, que no siempre hay una suficiente vinculación con la parroquia y un suficiente impulso desde la misma. El *Programa pastoral diocesano 2005-2006*, en su objetivo concreto 4 invitaba a “*valorar y fomentar especialmente la Acción Católica y los movimientos apostólicos, así como los nuevos movimientos, asociaciones y comunidades eclesiales*”. Aunque, según algunos, los frutos son escasos, no debemos minusvalorar el nacimiento del Movimiento Rural Cristiano y los pasos dados para la constitución del sector de jóvenes de la Acción Católica General y del Movimiento Familiar Cristiano.

#### 8. *Líneas para la acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. Ofrecer y apoyar, en todas las parroquias o unidades pastorales, los **distintos itinerarios de la IC**, bien de forma directa, bien remitiendo a los interesados a otros ámbitos como el arciprestazgo y la Diócesis.

2. Plantearse la **continuidad en la formación y en la inserción en la comunidad** parroquial propia de aquellos que participan en el catecumenado de adultos en el ámbito diocesano.

3. **Afianzar los itinerarios y el proceso catequético** de modo que sean continuos y que integren todas las dimensiones de la Iniciación cristiana (conocimiento del misterio de Cristo y del designio salvador de Dios e iniciación a la vida moral, a la vida de oración, a la Liturgia y al compromiso misionero y apostólico de la Iglesia).

4. Potenciar y coordinar la **formación de los catequistas**, de modo que éstos sean, sobre todo, testigos de Jesucristo. Debe hacerse un esfuerzo especial por que conozcan, valoren y utilicen debidamente el nuevo catecismo de la Iglesia católica *Jesús es el Señor*, tarea en la que puede servir la *Guía Básica del Catecismo para Catequistas*.

5. Concienciar a los padres y madres y al propio catequizando de la importancia y del significado del **proceso catequético**, intentando que se impliquen y participen en todos los momentos que configuran la IC.

6. Promover la dimensión evangelizadora de la **Enseñanza Religiosa Escolar**.

7. Favorecer la **colaboración en la IC de los colegios católicos**, procurando que la catequesis sea fuera del horario escolar, que sea impartida por catequistas preparados, que implique a las familias, que cuente con el beneplácito del párroco del iniciando y que salvaguarde la primacía de la parroquia, particularmente en la celebración de la Eucaristía y de la Confirmación. Puede ayudar mucho a esta colaboración la presencia de los párrocos en los colegios católicos y de éstos en la parroquia correspondiente.

8. Que los padres y madres de familia, las parroquias, los colegios de ideario católico y todos los agentes de pastoral, especialmente los párrocos y los catequistas, conozcan, valoren, **acojan cordialmente y apliquen con fidelidad el Directorio diocesano de la IC**.

9. Promover la **catequesis de adultos** ofreciendo cauces y dando a conocer los ya existentes como el *Itinerario de Formación de Adultos* (CE-AS) y el *Camino neocatecumenal*.

10. Cuidar **la homilía** como cauce de formación permanente de muchos católicos.

11. **Potenciar el ISCR** preparándolo y utilizándolo para la formación de los ministerios laicales. Habrá que plantearse el modo de que pueda hacerse presente, con su oferta formativa, también en el mundo rural.

12. **Aprovechar los MCS** para dar a conocer a Jesucristo, favorecer un pensamiento y una cultura cristiana y presentar lo que la Iglesia es y hace.

#### IV. LA TRANSMISIÓN DE LA FE A LOS JÓVENES

##### 1. *Una pastoral decisiva*

Debemos situar como icono y referencia, en nuestro trabajo pastoral con los jóvenes, al propio Jesús acercándose al joven rico, dialogando con él, ofreciéndole caminos de vida, respetando su libertad e invitándole a un seguimiento radical (cfr. Lc 18, 18-23). Los jóvenes son la esperanza de la Iglesia y del mundo (cfr. Concilio Vaticano II, Declaración “*Gravissimum educationis*”, 2) y su atención pastoral es fundamental. Es lógico que el *Sínodo diocesano 1993-1995* eligiera el campo juvenil como uno de los preferentes (cfr. Sin 383) y recordara el protagonismo de los jóvenes en la evangelización de los propios jóvenes (cfr. Sin 282, 2), señalado ya, con anterioridad, por el Concilio Vaticano II: “*Los jóvenes deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado personal entre sus propios compañeros...*” (AA 12).

Teniendo en cuenta los objetivos de toda pastoral, la pastoral juvenil ha de poner al joven en contacto con Jesucristo vivo, facilitar su participación en las celebraciones y en la vida de la comunidad eclesial y, en fin, promover y acompañar su compromiso en la acción evangelizadora de la Iglesia a favor del hombre y de la sociedad (cfr. OPJ 30).

Centrándonos en el contenido de esta pastoral, hay que destacar, a la luz de las palabras de los obispos españoles, su **dimensión educativa**: “*La pastoral de juventud tiene una clara dimensión educativa que comporta una atención especial al crecimiento personal y armónico de todas las potencialidades que el joven lleva dentro de sí, razón, afectividad, deseo de absoluto; una atención a su dimensión social cultivando actitudes de solidaridad y de diálogo, y estimulando un compromiso por la justicia y por una sociedad de talla humana; una preocupación por la dimensión cultural pues la evangelización no es añadir un conocimiento religioso junto a contenidos que le resultan extraños, sino plantear una acción que “alcanza y transforma los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos vitales”* (OPJ 16; EN 19).

## 2. *Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

Al hablar de la Iniciación cristiana ya hablamos de la **escasa continuidad en los procesos**. Esa continuidad resulta aún más difícil de asegurar al final de ese período. Ojalá, una vez concluido, se pudiese ofrecer a los jóvenes una adecuada pastoral juvenil que se extendiese, incluso, al ámbito universitario y al mundo del trabajo. Eso se propuso el Plan 2003-2008 cuando invitaba a abrir cauces para la evangelización de los jóvenes (cfr. pp. 39-40). El balance que se nos ofrece, seis años después, es muy discreto.

Hay que reconocer el esfuerzo de la Delegación de Pastoral Juvenil y Vocacional y de algunos sacerdotes y agentes de pastoral por llevar adelante todo tipo de iniciativas pastorales en este sector. Se ha trabajado con integrantes de coros, se ha reunido a los confirmados, se ha orado... En el ámbito arciprestal ha nacido alguna comisión de pastoral juvenil y se ha creado algún grupo interparroquial o arciprestal. Pero, el gran peso en la organización de este tipo de actividades lo ha soportado la Delegación. Ahí quedan los Encuentros jóvenes de Cuaresma y Adviento, los Retiros, y, sobre todo, la constitución y seguimiento de los grupos Gente CE y Mar Adentro.

En cualquier caso, no sobra recordar que la labor de la Delegación es subsidiaria, de apoyo, y que el verdadero trabajo pastoral con jóvenes debe hacerse allí donde realmente se encuentran, es decir, en las parroquias, movimientos y colegios católicos. Dicho esto, hay que reconocer que, en las comunidades parroquiales, apenas hay grupos juveniles. Desde hace años estamos detectando en nuestra Iglesia grandes **dificultades para el contacto y el trabajo pastoral con ellos**. Esa situación la vemos agravarse por momentos. A pesar de todo, existen parroquias extraurbanas de cierta entidad –lo que solemos denominar cabeceras de comarca– que cuentan con jóvenes con los que se podría mantener una relación de cercanía e incluso amistad. Esos mismos jóvenes podrían servir de puente para coordinarse con la Delegación de Pastoral Juvenil y Vocacional. Como movimiento, podemos citar a la Acción Católica General, en su sector de jóvenes, que se encuentra en fase de constitución. Hay algún otro, pero apenas tiene incidencia en la pastoral diocesana. Y, en fin, en los colegios están grupos como el de ACIT, de la Institución Teresiana.

El vigor de algunas de estas experiencias podría aleccionarnos con vistas a la creación de nuevos grupos y al crecimiento de los ya existentes.

El Plan proponía también *“avanzar hacia una real y mayor **colaboración y presencia de la pastoral juvenil y vocacional en las comunidades educativas, en las parroquias, en los movimientos y asociaciones de fieles**”* (p. 40). La evaluación realizada por los Grupos para el nuevo Plan deja claro que padecemos dos grandes males: la descoordinación en esta tarea y el desconocimiento de lo que se organiza desde la Diócesis y desde otras instancias.

Mirando al futuro, se necesita superar esos dos grandes obstáculos. Nuestro Obispo se expresa así: *“Quisiera... que el trabajo que se está realizando en nuestra diócesis con jóvenes, no sólo a nivel de la delegación diocesana de pastoral juvenil y vocacional sino también de numerosos grupos eclesiales, estuviera mejor comunicado entre sí y fuera más compartido por todos. De la misma manera pido a los sacerdotes y a los educadores cristianos que apoyen todo lo posible esta tarea y faciliten su coordinación desde las parroquias, Unidades pastorales, arciprestazgos, colegios católicos y restantes ámbitos de la enseñanza”* (Carta 2008, 11).

En los tiempos que corren, se hace imprescindible **promover la experiencia religiosa, el encuentro con Jesucristo**. Las experiencias de otro tipo —estéticas, sociales, culturales, recreativas— están al alcance de cualquiera de nuestros jóvenes. Más difícil tendrán el acceso a experiencias auténticas de fe. El Obispo D. Julián recalca esto al proponer *“un perfil más netamente evangelizador a las numerosas formas y ocasiones de encuentro y de convivencia en todas las actividades que se organicen con los jóvenes”* (Carta 2008, 11). Está comprobado que los grupos más “rentables” en el ámbito vocacional son aquellos que subrayan la dimensión y el acompañamiento espiritual, aun sin abandonar los elementos humanos, festivos, relacionales, etc.

Una tercera línea de trabajo debe ser la que promueva el **contacto con los jóvenes**. Ese contacto, sobre todo con los sacerdotes, es muy escaso. Y es evidente que, si no existe la proximidad, difícilmente puede haber contagio testimonial y transmisión de la fe. Como dicen los obispos españoles, *“la presencia de la Iglesia entre los jóvenes es una exigencia y, a la vez, una condición de la evangelización de los jóvenes”* (OPJ 13). He-

mos de partir de una primera convicción: aunque a la mayor parte de los jóvenes de hoy no les falta la atención básica –como dice también nuestro Obispo D. Julián– *“no siempre están protegidos contra las pruebas y las dificultades de la vida, sintiéndose solos y abandonados ante no pocos interrogantes que surgen inevitablemente en su interior, al igual que ante las expectativas y los desafíos que se perfilan en su futuro”* (Carta 2008, 11). No significa hacerles de menos el reconocer que, detrás de su aparente autosuficiencia, se esconde, con frecuencia, una gran penuria; que, detrás de su aparente riqueza de relaciones y de su vida divertida, se manifiesta, no pocas veces, una gran soledad. Por ello resulta decisiva esa cercanía que les preste apoyo afectivo, orientación y experiencia de fe. Pero, además, no debemos olvidar que la Iglesia existe para evangelizar y también los jóvenes son los destinatarios de la misión (cfr. EN 14).

Y, sobre todo, necesitamos **contar con animadores de jóvenes bien formados y maduros** que sean capaces de aproximarse, de conectar con ellos, con su mentalidad, con sus valores y con sus inquietudes religiosas larvadas; animadores que hayan descubierto el valor del acompañamiento personal en la transmisión de la fe y que estén dispuestos a dedicar tiempo y energías al mismo; animadores, en fin, capaces de revelarles el sentido salvador de Jesucristo y el valor de la fe profesada, celebrada y vivida en comunidad. Está demostrado que el anuncio del Evangelio a los jóvenes llega con más frescura si se lo llevan otros jóvenes. La juventud necesita comprobar que se puede ser feliz y vivir una vida plena siendo cristiano.

Para terminar, no echemos en saco roto la celebración, en el 2010, del **Año Santo Jacobo** y en el 2011, en Madrid, la **Jornada Mundial de la Juventud**. Sin duda estos encuentros suelen tener un gran poder de convocatoria entre los jóvenes. De ahí que se deba aprovechar el próximo para ofrecerles la posibilidad de participar, comenzando ya el oportuno camino de preparación que les lleve a renovar su fe, su esperanza y su amor a Jesucristo y a la comunidad eclesial.

### *3. Líneas para la acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. Promover, en los sacerdotes y en los animadores de jóvenes, **el aprecio, el contacto y el conocimiento del mundo juvenil**. En estos momentos es especialmente urgente la formación de animadores de pastoral juvenil, por lo que se ve la necesidad de solicitar este servicio a la Escuela diocesana de Ministerios laicales o, mientras se constituye, a la Vicaría de Pastoral y del Clero. Para el trabajo en este sector, también será oportuno elaborar guías de recursos pastorales y abrir nuevos cauces formativos mediante el uso de las nuevas tecnologías.

2. Teniendo en cuenta las mayores facilidades para el contacto y el trabajo con el mundo juvenil en el **ámbito extraurbano, impulsar en él la Pastoral Juvenil**.

3. **Acentuar la dimensión educativa de la pastoral de juventud** atendiendo al crecimiento personal y armónico de todas sus potencialidades: razón, afectividad, relaciones, cultura, comportamiento y deseo de absoluto. Para impulsar el crecimiento personal será importante apoyar a los grupos juveniles ya existentes y también la creación de otros como la Acción Católica General, en su sector de jóvenes, y la Juventud Estudiante Católica (JEC). Puede ser oportuno aprovechar la inserción de los jóvenes en cofradías y en otras asociaciones de religiosidad popular para ofertarles algún itinerario de iniciación cristiana o, en definitiva, algún proceso formativo. Al lado del seguimiento grupal, habrá que potenciar todo lo posible el acompañamiento personal, para lo que habrá que emplear los suficientes recursos materiales y humanos.

4. Promover la **educación por la acción** integrando actividades eclesiales y voluntariado confesional. Además de motivar la participación, tanto de los animadores como de los jóvenes, en los encuentros supradiocesanos, habrá que ofrecerles la posibilidad de realizar actividades como el Camino de Santiago, campos de trabajo, rutas “vocacionales” por la Diócesis, etc.

5. **Poner en contacto al joven con Jesucristo** vivo provocando en él una experiencia religiosa a través de la vida en el grupo cristiano y en la comunidad parroquial, de la formación, de la oración, de la participación en las celebraciones y en el compromiso evangelizador.

6. Aprovechar momentos significativos para esta pastoral, como serán la celebración del **Año Santo Jacobeo el 2010** y, sobre todo, la **Jornada Mundial de la Juventud en 2011**.

7. Mejorar la **coordinación de la pastoral juvenil**. Colaborará a este propósito contar con un Proyecto de Pastoral Juvenil conocido y asumido por el sector; conocer y secundar, sobre todo, las iniciativas diocesanas, incluidas las que tienen que ver con la Pastoral universitaria; y, en fin, participar en el equipo diocesano de Pastoral Juvenil, bajo la coordinación de la Delegación, con la incorporación de jóvenes y animadores del mundo extraurbano.

## V. LA PASTORAL DE LAS VOCACIONES AL MINISTERIO SACERDOTAL Y LA VIDA CONSAGRADA

### 1. *La vocación: regalo de Dios y tarea de todos*

**Jesucristo constituyó a su Iglesia dotándola de pastores** que la pastorearan evitando la dispersión y el aniquilamiento de sus ovejas (cfr. Mt 9, 36). Los Apóstoles, impulsados por el Espíritu, escogieron ministros que continuarán la misión que el Señor les había encomendado (cfr. 2 Tim 2, 2). El propio apóstol San Pablo, al despedirse de los presbíteros de la Iglesia de Éfeso, les recomienda: *“Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con su propia sangre”* (Act 20, 28).

A lo largo de la historia, de forma ininterrumpida, la Iglesia ha recibido el regalo de los ministros del Evangelio. Desde hace tiempo, no obstante, se está produciendo en occidente una gran **escasez de vocaciones al ministerio ordenado**. Por eso, ya el Concilio Vaticano II nos recordaba la urgencia y el deber de toda la comunidad cristiana de fomentar las vocaciones sacerdotales (cfr. OT 2). La solicitud por éstas se le pide, sobre todo, al propio sacerdote. Ciertamente, *“este deber pertenece a la misión misma sacerdotal, por la que el presbítero se hace ciertamente partícipe de la solicitud de toda la Iglesia, para que aquí en la tierra nunca falten operarios en el Pueblo de Dios”* (PO 11). Pero, al ser tarea de todo el Pueblo de Dios, el sacerdote ha de instruir a todos sobre el deber de

cooperar *“para que la Iglesia tenga siempre aquellos sacerdotes que necesita para cumplir su misión divina”* (PO 11).

El *Sínodo diocesano 1993-1995* pone también el énfasis en la responsabilidad de los sacerdotes y apunta **distintos medios**: la oración, particularmente el tercer domingo de mes, y la catequesis; la formación de los monaguillos; las relaciones personales; la invitación explícita; y, en fin, el testimonio de vida alegre y en ardor misionero (cfr. Sin 376, 4 ss).

El Siervo de Dios Juan Pablo II nos recordaba la grandeza de las vocaciones sacerdotales y la **responsabilidad del nacimiento y la maduración de las mismas**: *“La vocación sacerdotal –decía– es un don de Dios que constituye ciertamente un gran bien para quien es su primer destinatario. Pero es también un don para toda la Iglesia, un bien para su vida y misión. Por eso la Iglesia está llamada a custodiar este don, a estimarlo y amarlo. Ella es responsable del nacimiento y de la maduración de las vocaciones sacerdotales”* (PDV 41).

El mismo Juan Pablo II, al comienzo del actual milenio, nos pedía un generoso esfuerzo en la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración, pero sin olvidar la importancia de las demás vocaciones, incluidas las laicales (cfr. NMI 46; ChL 55-56).

Si el sacerdocio es un bien de inestimable valor para la Iglesia, **gran bien es también la vida consagrada**. En efecto, el Concilio Vaticano II la presenta como un gran don de Dios a la Iglesia (cfr. LG 43). El Espíritu de Dios ha hecho brotar en hombres y mujeres, a lo largo de los siglos, la vocación para seguir los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia (cfr. LG 44). Nuestro Sínodo muestra el gran aprecio que la Iglesia diocesana de León siente por esta vocación y destaca sus valores: supone un testimonio de esperanza, de entrega a los necesitados, de disponibilidad pastoral; y supone también un reclamo profético de los valores del Reino. Además, la asamblea sinodal pide se eduque a la comunidad cristiana en la estima de este modo de vida (cfr. Sin 315-316. 317. 323).

## *2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

La media de edad tanto de los sacerdotes como de los miembros de la vida consagrada no hace más que aumentar. Desde hace tiempo se vie-

nen esperando relevos que no llegan. Por otra parte, las actividades que se están haciendo en orden a suscitar nuevas vocaciones son secundadas por un escaso número de personas. En definitiva, **escasean los sacerdotes y los consagrados y la pastoral vocacional no parece dar los frutos apetecidos.**

Esta realidad ya estaba en el horizonte del plan anterior. De ahí que se propusiera entonces *“despertar la conciencia de todos los miembros de la diócesis sobre el fomento y especial **cuidado de las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida religiosa**”*. Los Grupos para el nuevo Plan valoran bastante negativamente el nivel de toma de conciencia y de compromiso ante esta realidad, sobre todo por parte de los seglares. Pero también los sacerdotes y las personas consagradas son urgidos a renovar su pastoral vocacional.

Son muchas las **dificultades** que se le presentan al joven para responder a una posible vocación. Resulta recurrente hablar del materialismo, del consumismo, del hedonismo que caracteriza el modo de vida de hoy. También lo es aludir a lo difícil que le resulta hacer opciones permanentes. No podemos olvidar tampoco la disminución del número de niños y jóvenes, sobre todo en nuestros pueblos, y el escaso contacto de un buen número de ellos con el sacerdote o con otras posibles mediaciones y referencias vocacionales. Pero son obstáculos reales con que hay que contar. Además, hay que añadir otros situados en el interior de la propia Iglesia. Tal vez el principal sea la falta de jóvenes cristianos maduros. Muchos de ellos apenas se acercan a la parroquia, por lo que les falta una comunidad de referencia que les apoye y guíe. Además, con frecuencia interrumpen o dejan inconcluso el proceso de Iniciación cristiana, un proceso que, por otra parte, presenta ciertas lagunas.

En la reciente **Asamblea diocesana de Reflexión y Oración por las Vocaciones al Ministerio sacerdotal**, los sacerdotes de la Diócesis reconocían que su vocación es un don de Dios que reciben en la Iglesia y que, en general, viven con alegría teológica, gratitud, espíritu de escucha, obediencia y disponibilidad, desprendimiento de bienes y privilegios, generosa entrega y espíritu de sacrificio. El tiempo, las dificultades y las decepciones por los fracasos cosechados, no obstante, han ido minando la entrega y el entusiasmo. Por su parte, los Grupos para el nuevo Plan

califican de antitestimonio la postura de aquellos sacerdotes que, aun teniendo salud y cualidades suficientes, una vez han recibido un destino apetecido, se desentienden de la atención a las comunidades más pobres del mundo rural.

Nuestros sacerdotes necesitan, por tanto, **revivir y revitalizar el carisma recibido** y ofrecer nuevos y verdaderos signos de unidad y caridad pastoral y, sobre todo, presentar una imagen real de lo que son, lo que viven y lo que hacen a una sociedad y a unos creyentes que, en general, tienen percepciones bastante distorsionadas y, no pocas veces, negativas de ellos. La mayoría de los ciudadanos y no pocos católicos desconocen realmente al sacerdote y le juzgan con “clichés” del pasado. El alto número de parroquias que ha de atender, el desplazamiento desde la ciudad, el “pluriempleo” de los mismos sacerdotes y otras causas, han disminuido los momentos de contacto con el pueblo. La solución a este problema no la encontraremos contratando asesores de imagen, sino en el crecimiento espiritual y en la huida de los riesgos de la profesionalización y el activismo. Por otra parte, también será necesario **idear nuevos modos de presencia, comunicación y servicio** al hombre y a la sociedad de hoy.

Situados en el terreno propio de la pastoral vocacional, hay que reconocer y valorar el gran esfuerzo realizado por la Delegación de Pastoral Juvenil y Vocacional. En estos últimos años, en coordinación muy estrecha con el Seminario, ha desarrollado múltiples actividades vocacionales. Cómo no aludir a los proyectos Gente CE y Mar Adentro. Lamentablemente, sin embargo, no han recibido todo el apoyo que merecía el empeño por parte de los sacerdotes, los catequistas y los profesores de religión. Repasando los datos estadísticos de los participantes en las actividades organizadas se llega indefectiblemente a esta conclusión.

No hace falta salir fuera del ámbito eclesial para descubrir también el **escaso apoyo de las familias católicas** a los posibles gérmenes vocacionales de sus hijos. La vivencia de la fe y la valoración del sacerdote en el seno familiar han decaído considerablemente. Nuestras comunidades quieren tener sacerdotes, pero no imaginan que deben llegar del seno de sus propias familias.

Además, habría que cuestionarse seriamente sobre la **imagen de sacerdote que perciben los niños y los jóvenes**. En los medios de comunicación social y en las familias mismas no es difícil descubrir ironías, comentarios jocosos y hasta críticas desproporcionadas. En cambio, escasean las muestras de afecto y apoyo explícito. Con ese escaso o nulo apoyo familiar, ¿qué frutos vocacionales se pueden esperar? La celebración del Año Sacerdotal, uno de cuyos objetivos plantea ayudar a los fieles a valorar lo que es y lo que significa el sacerdote, nos brinda una buena oportunidad para mejorar en este terreno.

Estamos ante una situación que el propio Obispo diocesano califica “*de vida o muerte*” (Carta 2008, 12). Y, aunque somos más bien dados a buscar las causas fuera del ámbito religioso y eclesial, no podemos dejar de **preguntarnos por nuestro compromiso personal y eclesial**. “*Se hace necesario que esta toma de conciencia se haga en cada comunidad parroquial o religiosa, en cada grupo apostólico o eclesial, y que la asuman los propios presbíteros, diáconos y seminaristas, los religiosos y las personas consagradas, y los seglares individualmente o asociados. La tentación de atonía, del desaliento y del derrotismo debe dar paso a la puesta en práctica de los medios antiguos o nuevos que la Iglesia ha desplegado en este campo*” (Carta 2008, 12).

Al lado de todo eso, será necesario **el testimonio** de una vida que se mueva en la proximidad de los jóvenes, una vida entregada, alegre, feliz y fiel al ministerio y al carisma propio. Niños, jóvenes, y adultos necesitan también encontrarse con sacerdotes humildes y desprendidos; sacerdotes que evitan desfiguraciones volviendo a “estereotipos” de otros tiempos; con una vida espiritual fuerte; y, en definitiva, presbíteros que dan el protagonismo debido a la pastoral vocacional y que prestan un apoyo decidido a las iniciativas del equipo diocesano vocacional (cfr. Carta 2008, 12), del resto de los sacerdotes, de los religiosos y de las demás personas consagradas.

Para cerrar este apartado dedicado al análisis de la pastoral vocacional en nuestra Diócesis, hemos de recordar la celebración, el V Domingo de Pascua, de la **I Jornada diocesana del Diaconado Permanente**. Convocada para concienciar a los fieles de esta Iglesia sobre la identidad y misión del diácono y sobre el valor de esta vocación y de este ministe-

rio, la celebración ha constituido un primer paso de acercamiento a estos objetivos y ha favorecido la oración por estas vocaciones.

### 3. *Líneas para la acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. **Mejorar la conciencia** de sacerdotes, consagrados y laicos sobre la gravedad del **problema vocacional** y potenciar la formación de los responsables del trabajo en este sector.

2. Hacer del anuncio del **evangelio de la vocación** un eje transversal que recorra todo el ministerio profético. Es importante hacer este anuncio a las familias cristianas para que comprendan el valor de la vocación sacerdotal y consagrada y para que estén dispuestos a respetar y ayudar a crecer las posibles semillas de vocación en la vida de sus hijos.

3. **Dar prioridad a la oración**, a través de iniciativas como la oración por las vocaciones del tercer domingo de mes y el jueves sacerdotal (primero de mes), y a la fuerza testimonial de las ordenaciones.

4. **Promover el testimonio** alegre, desprendido, entregado, disponible, de unidad de todos los sacerdotes, los consagrados y los vocacionados. Será importante hacer cercanas las “figuras” vocacionales a través de los medios, en encuentros y a través de jornadas de puertas abiertas en los seminarios y en las comunidades religiosas.

5. Continuar con **las experiencias** Mar Adentro, Gente CE y de los monaguillos y apoyarlas desde el ámbito familiar, parroquial, etc.

6. Intensificar la **pastoral específicamente vocacional al sacerdocio ministerial**.

7. **Coordinar e impulsar las actividades conjuntas** en línea vocacional, implicando a los religiosos y religiosas, por institutos o unidos en CONFER, y a los sacerdotes seculares.

## VI. PASTORAL DE LA VIDA Y DE LA SALUD

### 1. *La vida: de Dios y hacia Dios*

La respuesta al problema del origen y el destino de la vida, por el que el ser humano se pregunta (cfr. GS 41), tiene una vertiente científica que resulta de todo punto insuficiente. Al hombre no le satisface plenamente saber cómo se produjo el origen del universo y el de la vida en él si no sabe responder al porqué, si ignora el plan al que todo obedece. El pensamiento filosófico se muestra también incapaz de responder a estas preguntas, sobre todo si es colonizado por una visión materialista y cientifista de las cosas. Afortunadamente, Dios nos ha salido al paso y nos ha revelado su obra creadora (cfr. Gen 1-2). La fe cristiana ilumina esa pregunta radical por el origen y nos abre también la perspectiva del futuro: **de Dios venimos y hacia Dios vamos**. En ese sentido, la vida aparece como un don, como un regalo de Dios. Nosotros no somos sus propietarios, sino sus administradores.

Pero el ser humano, ciego al amor y a las disposiciones de Dios Padre, cayó en el pecado (Cfr. Gen 3, 1 ss). Ya en los primeros compases de nuestra historia aparece el hombre queriendo ser dueño de la vida. El asesinato de Abel a manos de su hermano Caín prolonga la historia del mal, iniciada por el pecado de nuestros primeros padres (Cfr. Gen 4, 1 ss). Desde entonces, **la vida no ha dejado de sufrir los más atroces atentados**. Venturosamente, llegada la plenitud de los tiempos, Dios nos envió a su Hijo al mundo para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia (cfr. Jn 10, 10). Al morir por nosotros en la cruz ha tendido un puente que nos permite vadear el abismo del pecado y de la muerte y que nos deja a las puertas de la vida eterna.

Mientras llega en plenitud esa realidad, nuestro mundo sigue sufriendo, lamentablemente, los atentados más cruentos contra la vida. Es constante el goteo de dolor y de muertes causadas por la guerra, la violencia terrorista, el maltrato en el seno familiar, el trabajo en condiciones de riesgo exagerado, la explotación laboral, la droga, el hambre... Naturalmente, nuestra Iglesia se compadece de los que sufren esos males y anuncia sin reparos el evangelio de la vida, lo celebra y se compro-

mete en la defensa de ese valor fundamental sin el cual no puede darse ningún otro.

Pero no son estos los únicos atentados al servicio de la muerte. No podemos olvidar la **trágica realidad del aborto**. Una ideología cruel, de forma lenta pero inexorable, ha ido anestesiando la conciencia de muchos de nuestros conciudadanos hasta hacerles insensibles a lo que es y significa el aborto provocado. Por si fuera poco, se acaba de aprobar por el gobierno un anteproyecto de Ley que permite el aborto libre hasta la semana catorce del embarazo e incluso, si se dan ciertos supuestos, hasta un tiempo superior, y que lo presenta como un derecho de la mujer. Nos encontramos con dos víctimas: el niño que va a nacer y la propia madre. Con frecuencia, la mujer que tiene un embarazo no deseado pasa a ser objeto de una presión social que puede llegar a ser insostenible. Además, si llega a consumar el aborto, va a arrastrar durante toda su vida un peso muy difícil de sobrellevar. Ante esto, y ante la más que probable futura legislación favorable a la eutanasia activa, los católicos no podemos permanecer impasibles.

## *2. Pastoral de la salud*

La acción evangelizadora de la Iglesia prosigue la misma actividad de Jesucristo, que se aplicaba, de forma especial, en promover la vida, sanar y curar a los enfermos. Jesús evangeliza haciéndose presente allí donde la vida está amenazada, deteriorada o destruida. **La Iglesia, a través de la pastoral de la salud, promueve, preserva y defiende la salud completa de las personas**, especialmente de los enfermos, en cuanto que es signo y anticipo de la llegada del reinado de Dios (cfr. Sin 397, 2).

Pero debemos reconocer **muchas deficiencias** que afectan a la formación de las conciencias y al ejercicio de esta labor pastoral por parte de los fieles cristianos. En efecto, muchos de ellos y muchas de nuestras parroquias apenas conocen este sector pastoral y escasamente se sienten responsables de la presencia evangelizadora en el mundo de la salud; es mejorable la formación de los que realizan este ministerio, particularmente en temas de bioética; escasean los equipos de pastoral de la salud en las parroquias y en las unidades pastorales; y, en fin, los mismos equi-

pos de pastoral de la salud tienen, en algunos casos, escasa presencia y coordinación con la Diócesis y poca disposición al trabajo en equipo.

Otras deficiencias tienen que ver con los **destinatarios** de la acción pastoral: los enfermos, los familiares y el personal sanitario. Por lo que se refiere a los enfermos, aunque normalmente acogen bien a los agentes de pastoral, no siempre están dispuestos a profundizar sobre el sentido de la vida y de la muerte y sobre la dimensión religiosa del acontecimiento; además, se detecta en muchos de ellos falta de formación y de experiencia religiosa.

Si hablamos de **las familias**, aunque agradecen normalmente la visita del agente de pastoral, con frecuencia muestran interés por convertirla en algo rutinario y que no sea, en ningún caso, señal de que su vida corre peligro. Cuando la enfermedad se agrava y se ve venir el final, se ponen en guardia frente al sacerdote y pretenden filtrar todo lo que le diga al enfermo, de modo que no se le haga sospechar que se acerca la muerte. Y, en fin, suelen mostrar una gran ignorancia religiosa sobre el sentido de la vida y de la muerte y sobre el significado de los sacramentos.

Y, en fin, si nos referimos al **personal sanitario**, destinatario también de la acción pastoral en el ámbito de los centros hospitalarios, hemos de reconocer en él, al lado de elementos positivos como la exquisitez en el trato a los enfermos y la colaboración con los capellanes en la unidad de paliativos, otros menos positivos. En la sanidad pública, los capellanes perciben, en ocasiones, cómo el servicio religioso es minusvalorado; a los enfermos no siempre se les facilita ni se les permite, en la práctica, la asistencia a la Eucaristía; predomina una visión meramente profesional de la enfermedad, sin considerar aspectos éticos o religiosos; y, en fin, los mismos profesionales cristianos se retraen a la hora de dar testimonio de su fe.

### *3. Líneas para la acción pastoral*

#### A) Respecto a la pastoral de la vida:

1. La Iglesia debe **transformar, desde la fe, una cultura** que presenta la vida como una propiedad exclusivamente personal, no como un

don de Dios; que exalta e idealiza el vigor y la salud física, olvidándose de la salud afectiva, moral y espiritual; que destina muchos esfuerzos y medios para mantener y recuperar la salud, pero destina también medios ingentes para fomentar estilos de vida insanos; que entiende el ejercicio de la sexualidad como una ocasión para el placer y lo desvincula tanto del matrimonio como de la vocación de la paternidad-maternidad responsable; y, en fin, una cultura que oculta la condición enfermable y mortal de todo ser humano.

2. Afrontar **a la luz de la fe y de la razón los grandes problemas** relacionados con el principio y el final de la vida, con el consentimiento informado y con la objeción de conciencia.

3. Hay que **“hacer visible” la realidad del embrión y del feto humano** a través de imágenes y a través de palabras. Frente al intento de la cultura de la muerte de ignorar y ocultar el tema, los cristianos tenemos que hablar de él.

4. Finalmente, **promover la responsabilidad solidaria** con acciones concretas como las donaciones de sangre y de órganos, el consumo racional de los recursos, y la colaboración y apoyo a aquellas instituciones que tienen como fin la defensa de la vida y de la cultura de la vida. Esa colaboración debe llegar hasta el punto de dotar a las madres de recursos que les ayuden a vencer la tentación de abortar por causas económicas o de cualquier otro tipo. En este sentido, habrá que mejorar el trabajo de la Delegación específica, la Delegación de Pastoral Familiar y Promoción de la Vida Humana.

B) Respecto a la pastoral de la salud:

1. **Formar sobre el sentido cristiano de la vida, de la enfermedad y de la muerte.** Hay que ayudar a comprender a las personas implicadas que la enfermedad puede ser un momento de gracia en el que se relativicen ciertos valores insuficientes y se aprenda a vivir otros de cuño evangélico como la solidaridad, la ayuda y el amor. Se ha de evitar presentar el dolor y la enfermedad como algo querido por Dios y animar a asumir libremente y sin amargura nuestra existencia finita y mortal. Al mismo tiempo, hay que aceptar la parte de misterio que tienen el dolor y la muerte, abriéndonos a la iluminación de la fe en un Dios que nos

ha creado por amor y que está siempre a nuestro lado. Y, en fin, hay que formar sobre el sentido cristiano de la vida y de la muerte, los sacramentos de la sanación y los oportunos temas de bioética.

2. En el caso de los **enfermos** y de sus **familiares**, hay que mostrarles **cercanía, asesoramiento y apoyo**. En el caso de que se les interne a aquéllos en un centro hospitalario, hay que cuidar su acogida y su acompañamiento durante la enfermedad. También se hace necesario anunciarles el evangelio de la salud integral y promover la ayuda espiritual mediante la oración y los sacramentos.

3. Respecto al **personal sanitario**, además de la cercanía y el apoyo, debemos colaborar con él en la humanización del mundo de la salud, promover el compromiso y el testimonio cristianos y, en fin, ofrecerle formación moral.

4. **Crear equipos de pastoral de la salud** en las parroquias y unidades pastorales y procurar su coordinación con los Servicios de Asistencia Religiosa de los Hospitales, con otros equipos del arciprestazgo, con el Secretariado diocesano de Pastoral de la Salud y con el propio Consejo pastoral parroquial. Entre sus cometidos estará sensibilizar a la comunidad parroquial e incluso a la sociedad civil sobre el tema de la salud y la enfermedad y sobre la realidad de los enfermos. Estos equipos, para favorecer la sensibilización, deberán hacer llegar estas inquietudes al campo de la catequesis y la educación en la fe y al de las celebraciones litúrgicas. Además, han de cuidar especialmente la celebración de los sacramentos -particularmente la Unción de los enfermos-, el Día del Enfermo, etc.

## VII. EL SERVICIO DE LA CARIDAD Y LA CARIDAD POLÍTICA

### 1. *Construir la fraternidad*

Una de las columnas que definen a la Iglesia y que la sostienen es la comunión fraterna, otro de los nombres del amor cristiano. Aunque la fraternidad está inscrita en el DNI del ser humano, por ser hijos del mismo Padre, tenemos por delante la tarea de convertirnos en hermanos de la gran familia humana. Para llegar a ese “sueño”, a esa meta, hemos de ser <<*los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen*>> (Lc 8, 21). Para entrar en el reino de los cielos es necesaria la obediencia al Padre (cfr. Mt

7, 21). Como Jesús decía, <<no todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos>> (Mt 7, 21). Y Aquel cuyo alimento era cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos nos dejó muy claro el camino: “Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (Jn 13, 34). **Ese amor se hace especialmente urgente cuando se refiere a los pobres y a los desamparados.** Jesucristo se identifica totalmente con ellos, de modo que el destino final dependerá de cómo se les ha tratado: “Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme” (Mt 25, 34-36).

La comunión, configurada en primer término como una vivencia espiritual, se debe sustanciar también en **gestos de ayuda y solidaridad** con los enfermos, los pobres, los impedidos, los que se sienten solos, los injustamente tratados. Individual e institucionalmente hemos de ocuparnos de ellos. Son muchas las necesidades que vienen interpelando la sensibilidad cristiana durante los últimos años. A las pobreza de siempre se han unido últimamente otras como la drogodependencia, la marginación, el paro, la desatención de los mayores, la despoblación del mundo rural, la desorientación de la juventud, la desesperación del sin-sentido, el olvido de Dios. Los cristianos no podemos permanecer indiferentes ante estas realidades, puesto que el amor real y comprometido hacia los pobres y necesitados es el que verifica la autenticidad de nuestra fe (cfr. Mt 25, 31-46) y el que constituye el mejor testimonio y la primera y fundamental plataforma de evangelización: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn. 13, 35).

## 2. *Presencia en la vida pública*

Por otra parte, la caridad política exige la **presencia y compromiso de los cristianos laicos en nuestra sociedad**, siendo solidarios con los problemas de todo tipo que hoy la aquejan y como alma o levadura que transforme la realidad, de conformidad con el plan de Dios. Como dice

Benedicto XVI, *“el cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social... Es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas”* (SCa 91). El compromiso temporal es ineludible para los discípulos de Cristo. El cristiano vive la caridad a través de gestos puntuales de ayuda al necesitado; también trabajando por transformar el mundo y la sociedad en que vive, impregnándolos del espíritu de Jesucristo y de su Evangelio.

El cristiano laico se ha de hacer **presente en la vida pública** para iluminar, con la luz de la fe, las grandes cuestiones socio-políticas. Debe apoyar una cultura de la dignidad de la persona, del ser antes que del tener; una cultura de la paz, de la justicia social, del respeto al medio ambiente, de la defensa y promoción de la vida y de la salud; una cultura que promueve las tradiciones y los hechos cristianos, ahondando en sus raíces más profundas; una cultura capaz de dialogar con otras culturas y religiones. El cristiano laico, en fin, debe insertarse en las instituciones civiles, incluidas las políticas, y colaborar, desde ellas, en iniciativas respetuosas con los derechos humanos y el bien común y con lucidez para entender la autonomía de lo temporal.

Los laicos que asumen ser apóstoles en el orden temporal **deben contar con el acompañamiento y apoyo de nuestra Iglesia**. En efecto, *“nuestra diócesis, con sus instituciones y sus miembros, tiene que sentirse llamada a alentar, acompañar y animar a las personas y a los grupos cristianos que hayan optado por estar presentes en la vida pública, ejerciendo la caridad política”* (Sin 195, 3; cfr. 195-197; CEE, *Los católicos en la vida pública*, Madrid 1986, nn. 60-61).

Llegados a este punto, conviene que recordemos que el objetivo último de la presencia pública de los cristianos es **la inculturación de la fe**. Como dice el *Sínodo 1993-1995*, *“el proceso por el que los evangelizadores quieren hacer inteligible, adaptada y atrayente la oferta del Evangelio se denomina “inculturación”. El esfuerzo por “inculturar” la fe cristiana es una condición ineludible para llevar a cabo una evangelización realmente válida”* (Sin 10, 2; cfr. EN 63; RMi 52). Con su palabra —presentando los misterios de Dios y de nuestra salvación de manera fiel, inteligible y que despierte el interés (cfr. Sin 426, 7)—, con su testimonio —el princi-

pal medio de evangelización (cfr. EN 41)– y con su compromiso –encarnándose en las situaciones humanas y culturales de nuestros días y participando en las asociaciones de distinto signo para el bien de la humanidad y de la Iglesia (cfr. Sin 426, 8)– , el laico está llamado a evangelizar a las personas y a la cultura, a hacer que la fe impregne la vida personal, familiar y social de todos los hombres.

Dentro de este mismo apartado referido a la inculturación de la fe, nos referiremos, para terminar, a la necesaria **transformación de los valores morales sociales** según el plan de Dios y a la necesidad de hacerse presentes en los nuevos areópagos. El principal de ellos son los medios de comunicación social. La Iglesia debe hacerse presente en ellos, no sólo para ampliar la difusión del Evangelio, sino también *“porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo”* (RMi 37). Conviene integrar el mensaje en esta misma cultura. Por otra parte, hay otros areópagos como son *“el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo los de las minorías; la promoción de la mujer y del niño; la salvaguardia de la creación”* (RMi 37). No olvidemos tampoco otros como el vastísimo mundo de la cultura, el de la investigación científica y el de las relaciones internacionales (cfr. RMi 37).

### 3. *Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

En cierto modo, hace seis años ya estaba presente la misma realidad de la pobreza y la marginación, con los lógicos riesgos de exclusión, aunque ha sido agravada últimamente por la crisis global que padecemos. Para responder a ella desde criterios evangélicos, el **Plan 2003-2008** se proponía, en primer lugar, *“despertar... la sensibilidad de las comunidades cristianas sobre las nuevas formas de pobreza...”* El balance, pasados unos años, no es demasiado alentador. Salvo aquellas personas que viven esta problemática con interés y viveza y que están comprometidas con este tipo de acciones, la mayoría sólo encuentra oportunidad para la sensibilización cuando se celebra la correspondiente jornada o cuando se produce una emergencia espectacular y que impacta en la opinión pública. No parece que sea suficiente. Tristemente, la mayoría de los católicos de nuestra Diócesis muestra poca preocupación por esta dimensión

pastoral. Hay que reconocer, sin embargo, que, en algunos arciprestazgos, se ha hecho un gran esfuerzo de formación y reflexión. La propia Delegación de Pastoral social ha organizado distintos encuentros con ese fin formativo y motivador.

La segunda línea de trabajo proponía *“desarrollar... un programa sencillo y elemental... que instruya en **la doctrina social de la Iglesia...**”* Hay que reconocer que tampoco en este terreno se ha hecho demasiado. Se ha ofrecido esta formación de forma esporádica. Sólo en algunos movimientos, asociaciones y grupos con proyección social se ha dado una formación más continuada y sistemática.

En tercer lugar, se ha propuesto *“animar y acompañar grupos de acción-reflexión-acción socio-caritativa...”* El balance no es todo lo positivo que debiera. Hay pocos grupos de este tipo y, además, se inclinan más a la acción que a la reflexión. Sin embargo, una mayor implicación acción-reflexión favorecería la formación de los agentes, les ayudaría a ser más críticos y a detectar las raíces de la injusticia, y, en definitiva, les haría más eficaces.

Una nueva propuesta se ha centrado en *“promover y apoyar los movimientos que... defiendan la vida, la dignidad de la persona y los derechos humanos, luchan por la justicia y contribuyan a crear una cultura de la paz y de la solidaridad”*. Hay que felicitar, en primer lugar, por la gran riqueza y número de estos movimientos, asociaciones y colectivos. Aunque hay varios Grupos de los que han colaborado en la elaboración del nuevo Plan que indican que no se les ha apoyado lo suficiente, no deben ignorarse algunos pasos dados para mejorar ese apoyo. Se ha publicado recientemente una Guía diocesana de Movimientos y Asociaciones que inserta a cada uno de ellos en la órbita de una vicaría, delegación o secretariado. Alguna de estas instituciones ya ha avanzado en este apoyo y coordinación, otras lo harán próximamente. Por otra parte, en estos últimos años, se han multiplicado las comunicaciones dirigidas a estos grupos desde los Servicios pastorales diocesanos. Hay que añadir también el apoyo prestado a través de los consiliarios. Y, en fin, no debemos ignorar el apoyo prestado, desde la Semana de Pastoral, al nacimiento de algún grupo como el Movimiento Rural Cristiano y el impulso a la pastoral sectorial, concretado particularmente en la Pastoral

Obrera.

Finalmente, el pasado Plan proponía “**establecer cauces de coordinación y de cooperación**” entre instituciones eclesiales y civiles dedicadas a la acción caritativo-social. La Cáritas diocesana ha hecho un gran esfuerzo por mejorar la coordinación con las Cáritas arciprestales y parroquiales, así como también con otros organismos civiles. Pero hay muchos otros movimientos y asociaciones dedicados a lo caritativo-social y no parece que la coordinación sea suficiente. Da la impresión de que nos está desbordando la situación de pobreza y que nos es muy difícil repartir con justicia y equidad la ayuda. Será necesario mejorar aún más la coordinación y establecer medios de seguimiento personal y familiar que eviten las desatenciones y también los posibles abusos.

En otro orden de cosas, refiriéndonos, para concluir, a la presencia pública de los cristianos laicos de nuestra Iglesia, queremos hacernos eco de las palabras del Obispo D. Julián lamentando la **falta de vocaciones y trabajo en este campo**. En efecto –dice– “*se echan en falta... vocaciones y dedicaciones para este tipo de presencia testimonial de los cristianos en la sociedad a través de las plataformas sociales, los sindicatos, los partidos políticos, las asociaciones de padres, los cuerpos profesionales, las ONGs, etc.*” (Carta 2008, 14). Es significativa la ausencia de cristianos de presencia –aquellos que intervienen en el seno de instituciones eclesiales– y cristianos de mediación –los que intervienen a través de instituciones civiles– (CLIM 49) en los ámbitos citados, con especial alusión a la vida ciudadana no sólo en la ciudad y en las instituciones provinciales, sino también en los pueblos y villas.

#### 4. *Líneas para la acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. **Concienciar sobre la realidad de las nuevas pobreza y los retos que nos presentan:** la despoblación del mundo rural y la situación en que permanecen en él muchos ancianos y personas solas; la integración de los inmigrantes; el paro que, entre otros males, obliga a los jóvenes a emigrar; las familias con escasa o nula protección social; las embarazadas que se sienten solas y desprotegidas a la hora de afrontar un

embarazo no deseado... Al mismo tiempo, hay que concienciar también a los fieles cristianos sobre la vocación laical que exige la presencia activa en el ámbito de las realidades temporales en orden a impregnarlas del espíritu evangélico (cfr. LG 33; AA 2; ChL 14).

**2. Divulgar la Doctrina Social de la Iglesia** (DSI) en orden a iluminar los acontecimientos significativos de la vida social, particularmente entre aquellas personas que tienen una presencia especial en la vida pública. Con la ayuda de la DSI, será posible hacer avanzar una cultura que prime el ahorro, la austeridad y la autoprivación para promover la solidaridad y la ayuda a los necesitados; una cultura de la dignidad de la persona, del ser antes que del tener; una cultura de la paz, de la justicia social, del respeto al medio ambiente, de la defensa y promoción de la vida y de la salud; una cultura que promueve las tradiciones y los hechos cristianos, ahondando en sus raíces más profundas; y, en fin, una cultura capaz de dialogar con otras culturas y religiones.

**3. Promover vocaciones cristianas para este servicio**, dando a conocer lo que se hace, creando voluntariados y procurando su inserción y trabajo en las Cáritas parroquiales, de unidades pastorales y de arcipresazgos. Al mismo tiempo, acompañar y formar a las personas e instituciones que ya están presentes en el mundo socio-caritativo, apoyando sus iniciativas a favor de la vida, la dignidad de la persona, la justicia, la paz, la solidaridad y los derechos humanos.

**4. Hacer un replanteamiento del servicio de la caridad**, particularmente en la ciudad, buscando una mayor justicia y eficiencia en el reparto de la ayuda. Además de estudiar la situación, habrá que reestructurar y coordinar mejor el servicio que prestan distintas instituciones eclesiales y civiles. Como medios para este fin se apuntan dos: contar con un asistente social en cada parroquia y crear un carnet social.

**5. Idear nuevos modos de cercanía y ayuda a los necesitados.** Se apuntan como medios crear un fondo de ayuda a los necesitados y hacer colectas específicas.

**6. Crear plataformas que faciliten el encuentro y el diálogo de la fe con la cultura**, de modo que ésta sea impregnada por los valores del Evangelio. Podrán ayudar a este efecto las exposiciones, las jornadas, los debates, los encuentros.

7. Señalar y abrir **caminos para que los laicos se formen y se impliquen** en el compromiso temporal, como cristianos de mediación.

8. Avanzar en la creación de **instituciones confesionales** que tengan capacidad para dejar oír su voz en medio de la vida ciudadana.

## VIII. PASTORAL BÍBLICA Y ANIMACIÓN BÍBLICA DE LA PASTORAL

### 1. *Amar, conocer, orar y anunciar la Palabra*

Nuestro Dios, teniendo como nota más propia el amor, no quiso quedarse solo en un silencio inaccesible, sino que se reveló a los hombres, hablándoles “como amigos” (cfr. Ex 33, 11; Jn 15, 14-15; DV 2). Su revelación se ha realizado a través de obras y palabras en perfecta coherencia y cohesión. Como dice el texto bíblico y nos recuerda el Concilio Vaticano II, “*Dios habló a nuestros padres de muchas maneras por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo*” (Hebr 1, 1-2; DV 4). **Desconocer la Palabra es desconocer a Cristo**, así que es lógico que la Iglesia nos exhorte a vivir en contacto permanente con la Palabra de Dios (cfr. DV 22), para lo cual –nos recuerda el Papa Benedicto XVI– se hace necesario mejorar nuestro aprecio de los tesoros contenidos en la Sagrada Escritura (cfr. SCa 45 s).

Por su parte, los padres sinodales, en su Asamblea de octubre de 2008, nos invitaban también a **crecer en el amor y en la escucha de esa Palabra divina** como camino para profundizar en la relación con la persona de Cristo (cfr. 9 y 18). Al mismo tiempo, nos sugerían la creación de grupos donde se escuche, estudie y ore la Palabra de Dios (cfr., 21); y, fundamentalmente, nos motivaban para proceder a una animación bíblica de la pastoral (cfr. *Proposiciones*, 30), de modo que toda acción evangelizadora arranque, se nutra, se apoye y se guíe por la luz y la vida que comunica la Palabra de Dios.

Ha sido precisamente Jesucristo, en el que la Palabra de Dios alcanza su plenitud y en el que esa Palabra se encarna, el que, enviado por el Padre, nos ha anunciado la Buena Noticia, el “Reino de Dios” (cfr. EN 8). Nuestra Iglesia de León es consciente de que esa Buena Noticia del Reino, que Cristo proclamó con obras y palabras, debe ser anunciada, con ánimo redoblado, a los hombres y mujeres de nuestro mundo.

Ahora bien, antes de ser objeto de anuncio, **la Palabra de Dios debe ser escuchada y asimilada** por el discípulo porque, en efecto, *“toda la predicación de la Iglesia, como toda la vida cristiana, se ha de alimentar con la Sagrada Escritura y se ha de regir por ella...”* (Sin 80, 1).

Uno de los temas que recibió más aportaciones en el Sínodo del 2008 fue el de **la Lectura orante**. Después de recomendar la formación de pequeñas comunidades eclesiales donde se escuche, se estudie y ore la Palabra de Dios (cfr. *Proposiciones*, 21), los padres sinodales dedicaron la proposición 22 a tratar el tema de la Palabra de Dios y la Lectura orante. En esta proposición *“se exhorta a todos los fieles, incluidos los jóvenes, a acercarse a las Escrituras por medio de una ‘lectura orante y asidua’”* (cfr. DV 25; *Proposiciones*, 22). La Lectio divina, aunque sea la forma principal, no agota la aproximación orante a la Palabra. Se trata, en todo caso, de acercarnos a ella para escucharla desde el corazón y la vida. Para penetrar en sus misterios se necesita ayuda de carácter exegético. Realizada la aproximación externa a la Palabra, sigue la meditación, en la que se reflexiona contrastando lo que ella dice con la vida. Finalmente, el encuentro con la Escritura desemboca en la oración.

También el *Sínodo diocesano 1993-1995* subraya la importancia de la Biblia, a la que considera alimento de la vida y de la predicación de la Iglesia (cfr. Sin 80, 1). A partir de ahí, invita a estar en contacto permanente con ella por medio de la lectura, el estudio y la meditación (cfr. Sin 81, 1). Ese contacto directo nos llevará a revisar y confrontar la realidad diaria con los contenidos y el espíritu de la Revelación y a hacer de la Palabra de Dios norma de nuestra vida y de nuestro compromiso cristiano (cfr. Sin 81, 3).

## *2. Una mirada evangélica a la realidad pastoral diocesana*

En nuestra Diócesis se han llevado a cabo, en los últimos tiempos, algunas tareas de impulso y renovación de la formación bíblica: el Centro Superior de Estudios Teológicos (CSET) y el Instituto Superior de Ciencias Religiosas (ISCR) han hecho un buen esfuerzo por actualizar contenidos y métodos en las enseñanzas bíblicas y por reforzar los fundamentos bíblicos de la teología; también la catequesis ha reforzado la fundamentación bíblica; en muchos hogares cristianos está presente la

Biblia o, al menos, el Nuevo Testamento; y, en fin, algunos arciprestazgos y parroquias están ofertando últimamente cursillos bíblicos. Sin embargo, hay que reconocer que aún falta mucho camino por recorrer: la Palabra no es para muchos cristianos el principal alimento y la fuente más abundante en la que se alimenta la espiritualidad; la religiosidad y las devociones populares distan mucho de tener la Palabra como referente fundamental; y, en fin, tampoco la Liturgia de la Palabra es cuidada y desarrollada con el decoro y la profundidad que se merece.

### *3. Líneas para la acción pastoral*

Lo dicho anteriormente nos empuja a proponer las siguientes líneas de acción pastoral:

1. **Promover el conocimiento y el aprecio de la Sagrada Escritura.** A ello pueden colaborar múltiples iniciativas: campañas divulgativas del Texto sagrado, cursillos esporádicos, oferta de los cursos del ISCR, presencia en los MCS, Talleres en la Semana de Pastoral, entrega de fotocopias de la Liturgia de la Palabra, exposiciones de Biblias, etc.

2. **Cuidar la liturgia de la Palabra** en las celebraciones preparando a los que ejercen el ministerio de lectores, destacando la importancia del texto sagrado, preparando con esmero la homilía, etc.

3. Hacer del **texto bíblico el fundamento de la oración**, tanto litúrgica como comunitaria y personal.

4. **Impulsar la Lectura creyente de la Palabra de Dios y aplicarla para la animación bíblica de la pastoral.** Para ello, habrá que divulgar el método de la Lectura creyente, tan aconsejado por los padres sinodales. Esta medida debe acompañarse de la creación de grupos parroquiales, de unidades pastorales, de grupos diocesanos, de movimientos y asociaciones, de Institutos de Vida consagrada, etc.

5. Incentivar la lectura de pasajes bíblicos en las **clases de Religión**, los referidos a los temas de la programación así como los relativos a los principales acontecimientos del ciclo litúrgico, poniendo a los alumnos en contacto físico con el texto.

6. **Crear un Equipo diocesano de animación bíblica** que se encargue de la animación y coordinación de esta pastoral.

